

124

CINCUENTA Y TRES
RAZONES Y MOTIVOS

que obligan

A PREFERIR LA RELIGION CATOLICA

Á TODAS LAS SECTAS Y ERRORES

que dividen el mundo.

—
—
POR EL PRINCIPE ANTONIO DE BRUNSWICK.

—
—
CON IMPORTANTES ADICIONES Y ACLARACIONES

por el Presbítero

DON JUAN GONZALEZ,

Doctor en Sagrada Teología.

—
—
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

BX1780

B78

c.1

Madrid: 1839.

DE D. JOSÉ C. DE LA PEÑA.

Calle de Atocha, núm 100.

141



BX1780
B78
c.1



1080023274



CINCUNTA Y TRES
RAZONES Y MOTIVOS

que obligan

A PREFERIR LA RELIGION CATOLICA
A TODAS LAS SECTAS Y ERRORES
que dividen el mundo.

POR EL PRINCIPE ANTONIO DE BRUNSWICK.

CON IMPORTANTES ADICIONES Y ACLARACIONES

por el Presbítero

DON JUAN GONZALEZ,

Doctor en Sagrada Teología.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Madrid: 1849.

IMPRENTA DE D. JOSÉ C. DE LA PEÑA.

Calle de Atocha, núm. 400.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

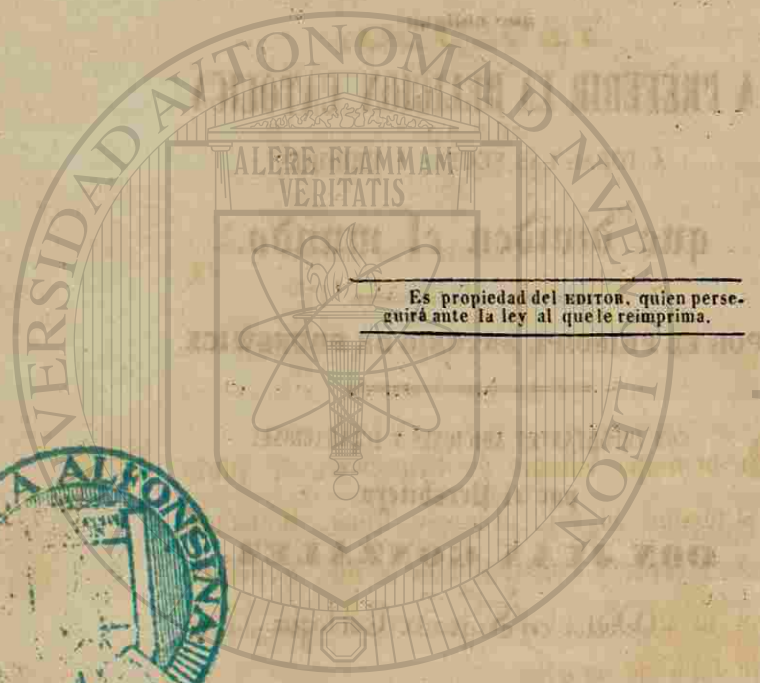


Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

48200

BX1780
B78

RAZONES Y MOTIVOS



Es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alatorre
Biblioteca Universitaria

PRÓLOGO.

-o-o-o-o-

Quærite et invenietis.

MAT. 77.

El príncipe Antonio de Brunswick se pinta á sí mismo en este precioso libro, luchando con el error y consiguiendo al fin, ayudado con la gracia, hallar la verdad que tanto anhelaba su espíritu.

Dígnese el Señor derramar sus luces sobre todos los que pasen la vista por estas cortas páginas.

JUAN GONZALEZ.



012184

estas materias; tuve yo mismo conferencias particulares con los hombres mas distinguidos de cada secta y confesion; comuniqué mis dudas á los católicos y á los protestantes; y no obstante, no me fue posible conseguir el objeto que me habia propuesto. Entonces tomé la resolucion de retirarme durante algun tiempo á la soledad, suspender otras ocupaciones y olvidar todos los demas negocios para dedicarme entera y seriamente á esta sola y única investigacion, la mas importante de todas, por contenerse en ella mi salvacion eterna.

Para que esta determinacion tuviese para mi alma el saludable resultado que yo esperaba, y me condujese mas seguramente al fin donde deseaba llegar, creí que era conveniente:

1.º Implorar con instancia los socorros y gracia del Espiritu-Santo; y pedir con mucho fervor á Dios, Padre de *la luz que ilumina á todo hombre que viene al mundo*, la estrella de la verdadera fé; pues la verdadera fé es un don particular que ilustra la inteligencia, y la dispone á recibir todo lo que Dios ha revelado.

2.º Tener una voluntad firme é indestructible de evitar, con la asistencia de la gracia, todo lo que fuese malo; persuadiéndome que «la sabiduría no entra en un alma que tiene afectos criminales, ni habita en un cuerpo esclavo del pecado» (Sabiduría 1, 4.); y teniendo ademas la conviccion, como la tengo hoy, de que muchas personas no se alejan de la verdadera fé, ó no se sienten con fuerzas para abrazarla, sino porque se

hallan abrumadas con gran número de vicios, sobre todo carnales.

3.º Deponer toda prevencion que pudiese inclinarme hácia un culto mas bien que hácia otro, asi como todas las demas prevenciones que yo pudiese tener contra algunas sectas; poniéndome delante de Dios, en un estado completo de indiferencia, dispuesto á abrazar aquella religion que la gracia del Espiritu-Santo, y una razon libre y desinteresada llegasen á mostrarme.

4.º Conducirme en este exámen como quisiera hacerlo en la hora de la muerte; y motivar la preferencia que yo diese á una religion sobre otra, de la misma manera que desearia motivarla cuando estuviese en la presencia de Dios, en el dia supremo del juicio.

Yo desecharé, pues, toda religion que enseñe dogmas erróneos por ligero que sea el error; porque «la Iglesia de Dios vivo debe de ser la columna y el cimiento de la verdad.» (1.ª á Tim. 3, 45.)

Ahora bien: la columna de la verdad no puede servir de apoyo á la mentira; luego los dogmas de la verdadera Iglesia de Dios deben estar exentos de toda especie de error.

Queriendo proceder despues con mas prudencia y acierto, he examinado cuáles eran: 1.º, los artículos de fé, fundamentales, ciertos é inmutables que los cristianos de todas las religiones están obligados á admitir, y que ninguno de ellos puede negar sin hacerse culpable de impiedad, blasfemia y ateismo; 2.º, los principios naturales con

que todo hombre debe dirigir su conducta, y de que no puede apartarse sin incurrir en una escesiva temeridad.

° ARTICULOS DE FÉ ADMITIDOS POR TODAS LAS RELIJIONES CRISTIANAS.

1.° Hay un solo y verdadero Dios.

2.° Dios es soberanamente perfecto, y todas las perfecciones pertenecen esencialmente á su naturaleza.

3.° La veracidad es necesariamente uno de sus atributos. No puede ser engañado ni engañar; ni decir una cosa falsa, ni decirlo sino del modo que la conoce, ni conocerla mas que como es en sí misma. Por consiguiente, todos sus conocimientos son necesariamente verdaderos, y todas las comunicaciones que nos hace son esencialmente verídicas.

4.° Dios es omnipotente, porque «todo le es posible (Mat. 19, 26); y no hay cosa ninguna que hacer no pueda» (Luc. 1, 37.), aunque esceda la inteligencia de los hombres y aun la de los ángeles.

• 5.° «Dios es fiel, exento de iniquidad, justo y recto.» (Deuter. 32, 4.)

• 6.° Dios es inmutable; porque «Dios no se parece al hombre para mentir, ni al hijo del hombre para mudarse.» (Num. 23, 19.) «En él no hay cambios ni sombra siquiera de vicisitudes.» (Sant. 1, 16.) Por consiguiente, todo lo que nos ha reve-

lado es verdadero y posible al mismo tiempo; todo lo que nos promete, puede y quiere hacerlo y lo hará.

7.° Dios es soberanamente sábio; porque «su sabiduría no tiene limites.» (Psal. 146, 5.)

8.° Dios es infinitamente misericordioso; porque «el Señor es el Dios que perdona; es misericordioso y clemente; paciente y abundante en misericordias.» (Exod. 34, 6.) «La tierra está llena de la misericordia del Señor.» (Psalm. 118, 64.)

• 9.° Dios es justo, recompensa el bien y castiga el mal, porque es «justo en todos sus caminos.» (Psalm. 144, 17.) «El que se acerca á Dios, debe creer que existe, y que recompensa á los que le buscan.» (Hebr. 11, 6.)

10. Dios es la santidad, la bondad, y la benignidad por escelerencia; porque es «Santo, Santo, Santo el Señor, Dios de los ejércitos.» Es santo no solamente en sí mismo, sino tambien «en todas sus obras.» (Psalm. 144, 17.)

• Toda doctrina que contenga cosas contrarias á los atributos que acabamos de reconocer en Dios, será indudablemente, será necesariamente, será esencialmente falsa.

Toda religion que enseñe semejante doctrina, enseñará el error; y será necesario desecharla aun antes de haberla hecho objeto de una deliberacion particular.

11. El hombre no tiene mas que una sola alma, que necesariamente ó se perderá ó se salvará

por toda la eternidad. «¿Qué aprovechará al hombre ganar todo el universo, si pierde su alma; ó qué cambio dará el hombre por su alma?» (Mat. 16, 26.)

12. Hay una eternidad que no tendrá fin, y cuya medida será siempre una infinidad de tiempos, y un número ilimitado de siglos.

13. Lo que es finito no puede, bajo ninguna relacion, compararse con lo infinito.

¡Feliz eternidad la de los escogidos! ¡desgraciada la de los réprobos! Una ú otra nos espera; pero la primera es la herencia de los que profesan la verdadera fé; y seremos condenados infaliblemente á los rigores de la segunda, si no tenemos la fé que salva el alma.

PRINCIPIOS DE PRUDENCIA DE QUE LOS HOMBRES SABIOS NO SE APARTAN JAMAS, SOBRE TODO CUANDO TIENEN QUE HACER UNA ELECCION DE ALTA IMPORTANCIA.

1.º Las cosas mejores deben preferirse á las malas.

2.º Debe preferirse lo cierto á lo incierto; lo verdadero á lo falso; lo que dura siempre á lo que pasa rápidamente; lo que es eterno, á lo que es temporal; lo que es conforme á la recta razon, á lo que de ella se aparta.

3.º Para llegar á un fin soberanamente apetible, es preciso hacer uso de los medios mas sencillos y convenientes, prefiriendo los mas seguros

á los que lo son menos, ó no lo son de ningun modo.

4.º Entre los medios de salvacion, los que han servido ya para la de muchos, sin poder dudarlo, ofrecen mas garantia que aquellos otros cuyo resultado es aun problemático.

5.º Aquellos que son sugeridos por la carne, el mundo, el espíritu de licencia y libertad, ofrecen menos garantia que aquellos cuya eleccion nos está indicada por la recta razon, recomendada por hombres prudentes y eminentemente virtuosos, aconsejada por los santos é inspirada por el espíritu de Dios, porque «el espíritu es el que vivifica, y la carne para nada es útil.» (S. Juan 6, 64.)

«Los que son segun la carne, gustan de las cosas de la carne; mas los que son segun el espíritu, perciben las cosas que son del espíritu. Porque la prudencia de la carne es muerte; mas la prudencia del espíritu es vida y paz. Porque el saber de la carne es enemigo de Dios... los que viven segun la carne, no pueden agradar á Dios.» (A los rom. 8, 5.)

Establecidos estos principios y los puntos fundamentales que los preceden, he hecho las siguientes consideraciones que han determinado mi eleccion, y han sido causa de que yo haya preferido la religion católica romana á todas las sectas protestantes cuyas creencias he repudiado.

CONSIDERACIONES.

1.^a He examinado por de pronto cuál era la Iglesia á que yo debía unirme: si la católica ó la evangélica; (este es el nombre que se dan á sí mismos en ciertos lugares los luteranos y calvinistas reunidos.)

En seguida me he preguntado: ¿qué es la Iglesia católica, y en qué consiste? y he visto al instante que la Iglesia católica es la que profesa la fé romana, fé estendida por toda la tierra, que tiene en todas partes y ha tenido siempre el mismo simbolo sin que nunca se le haya añadido, quitado ni mudado cosa alguna.

Por lo que toca á la Iglesia evangélica, la primera reflexion que he hecho sobre ella, me ha presentado una dificultad insuperable.

La Iglesia evangélica, me he dicho, debe de ser aquella cuya doctrina sobre todos los puntos sea conforme al Evangelio; y la doctrina de los luteranos y calvinistas reunidos no puede ser conforme al Evangelio, porque es imposible que dos doctrinas contrarias y al mismo tiempo contradictorias, sean ambas conformes á las mismas verdades evangélicas: una de las dos debe no estar conforme con ellas. Es así que la creencia de los luteranos es, en muchos artículos, contraria á la de los calvinistas, y aun sobre otros contradictoria: luego no se puede con ambas creencias formar una Iglesia evangélica. Esta Iglesia es en el fondo una

verdadera quimera; y como yo buscaba, en materia de fé, la verdad y no las quimeras, no podia unirme de ninguna manera á la Iglesia evangélica, y no me uní.

2.^a En seguida he dicho: toda vez que la religion calvinista y la religion luterana reunidas no pueden formar una Iglesia evangélica, veamos al menos si una de estas dos religiones es evangélica, y por consiguiente preferible á la otra, y digna de fijar mi atencion.

Aqui se encuentra una nueva dificultad. Para motivar la preferencia que se dá á una cosa sobre otra, es necesario que haya de una parte razones mejores que las que hay por otra. Pues bien; no me ha sido posible encontrar razones que me autorizasen á dar el nombre de Iglesia evangélica á los luteranos mejor que á los calvinistas, ó á estos mejor que á aquellos. Ellos mismos no han podido dármelas. Alegaban, es verdad, textos del Evangelio; pero los luteranos daban á estos textos una interpretacion, y los calvinistas otra; asegurando unos y otros á la vez que su interpretacion era natural y verdadera, al paso que aseguraban ser falsa la de los contrarios.

Fundaban los unos y los otros la verdad de su interpretacion sobre su juicio particular, y se encontraban en completa oposicion. Ni los unos ni los otros podian decirme por qué, ó cómo la inspiracion particular de uno era mas cierta que la del

otro. No pude pues dar preferencia á una de estas doctrinas sobre la otra.

3.^a Tampoco pude comprender por qué los luteranos y los calvinistas no querian que los anabaptistas y socinianos hiciesen parte de su Iglesia evangélica. Estos creen tener el derecho de llamarse evangélicos y aseguran que su doctrina es conforme, y aun mas conforme al Evangelio, que la de los luteranos ó calvinistas.

«En ninguna parte del Evangelio leemos, dicen los anabaptistas, que los niños hayan sido bautizados. Hay mas: el mismo Jesucristo ha declarado que *el que crea y sea bautizado, será salvo*. Luego es preciso que la fé preceda al bautismo: es asi que la fé no se halla mas que en los adultos: luego estos solamente pueden recibir el bautismo. Luego nuestra doctrina, dicen, es mas conforme al Evangelio que la de los luteranos ó calvinistas que admiten el bautismo de los niños.»

Los socinianos discurren de un modo semejante: «Jesucristo declara espresamente en el Evangelio, que *su Padre es mayor que él*: luego nosotros seguimos el Evangelio cuando enseñamos que el Hijo, lejos de ser igual al Padre, bajo el aspecto de la divinidad, le es inferior. Si los luteranos y los calvinistas quieren apoyarse en la esplicacion que dan los Padres de la Iglesia, y decirnos con ellos que el Hijo es inferior al Padre bajo el aspecto de la humanidad, en tanto que le es igual

bajo el divino, nosotros deseamos esta autoridad porque ellos tambien la rechazan siempre que la alegan los católicos. No hay pues razon para que tenga en este asunto mas peso que en otras discusiones en materia de fé.» Asi discurren los socinianos.

Si los luteranos y los calvinistas alegasen su inspiracion particular, los socinianos les dirian: mostradnos que este género de interpretacion está autorizado formalmente por la Escritura; pues los unos y los otros admiten que no debe creerse mas que lo que se halle espresa, esplicita y claramente contenido en ella.

4.^a Yo me acuerdo de este aviso dado por la Santa Escritura: «deteneos en vuestros pasos; considerad los antiguos caminos; preguntad cuál es el bueno, y seguidle.» (Jerem. 6, 16.)

En su consecuencia me pareció que para ir al cielo, el camino menos aventurado, mas seguro y mejor era el que habian seguido una gran multitud de personas cuya salvacion está asegurada; y este por lo tanto debia de ser preferido á aquel otro que no ha sido seguido sino por personas cuya salvacion es dudosa.

Ahora bien; es ciertísimo que muchos de los que han vivido y muerto en la religion católica romana, se han salvado, y no lo es que haya tenido esta felicidad ninguno de los que han vivido y muerto en las otras religiones. Luego la religion católica romana ofrece mas seguridad que ninguna

otra al que quiera salvarse; y por consiguiente debe de ser la preferida.

5.^a Despues de esto no he podido menos de decirme: todo hombre que busca su salvacion, es apreciable á Dios. Es así que es imposible agradecer á Dios cuando no se tiene la verdadera fé: luego la fé, la religion que lleva al hombre hácia su salvacion, es verdadera.

Por otra parte muchos de aquellos que han profesado la fé católica romana, y han seguido esta religion, se han salvado realmente: sus mismos adversarios convienen en ello: luego la religion católica romana es la verdadera fé y la verdadera religion: luego debe de ser preferida á las otras.

6.^a Partiendo del mismo principio, hacia yo este racionio: como no hay mas que un solo Dios que sea el verdadero, así no hay mas que una sola fé que sea la verdadera, segun estas palabras del apóstol San Pablo: «un solo Señor, una sola fé, un solo bautismo.» (Efes. 4, 4.)

No hay pues mas que una sola fé verdadera y santificante, como no hay mas que un solo Señor, un solo Dios. Si la fé católica es verdadera y santificante, como acabamos de mostrarlo, ninguna de las otras religiones puede decir que ella es la verdadera fé. Luego no podemos salvarnos mas

que en la religion católica; y por consiguiente debe de ser preferida á todas las otras.

7.^a Lo que afirmó mucho la resolucio que yo habia tomado de abrazar la fé católica romana, fué oír que las otras religiones convenian en que los católicos pueden salvarse; al paso que los católicos están íntimamente convencidos de que nadie puede salvarse fuera de su Iglesia.

Hubiera sido la mayor estravagancia si en vez de unirme á los católicos que, segun la confesion de sus adversarios, pueden salvarse, me hubiese unido á los protestantes á quienes los católicos consideran fuera del camino de salvacion. En una incertidumbre cuyas consecuencias pueden ser estremadamente funestas, yo aconsejaria á todo hombre que siguiese el camino mas seguro. Ahora bien: el partido que parece bueno á todos, aun á aquellos que tienen interés en presentarle como malo, es mas seguro que aquel que parece bueno á unos, en tanto que otros afirman con juramento ser malo. Un remedio aprobado por dos médicos es, en el juicio de todos, preferible á aquel que uno de ellos tiene por dañoso.

8.^a Queriendo aprovechar el consejo del Deuteronomio: «pregunta á tu padre y os lo dirá; consultad á vuestros antepasados y os lo declara-
2

rán;» (32, 7.) y el de los proverbios: «no traspaseis los límites antiguos que pusieron vuestros padres,» (22, 28,) he recurrido á los escritos de los antiguos Padres, y he examinado si podía ayudarme con sus consejos, en la elección que me proponia hacer entre la religion católica romana y las sectas de protestantes.

El primero que se me presentó fue San Agustín, convertido como yo desde la herejía á la fé católica romana; y el cual me dió en estos términos los motivos de su conversion: «muchas razones y todas muy fuertes, dice, me tienen unido á la Iglesia católica: estoy en ella, porque tiene en su favor el consentimiento de los pueblos y de las naciones. Estoy en ella, porque su autoridad descansa sobre los milagros, se alimenta con la esperanza, se aumenta con la caridad y se afirma con el transcurso de los tiempos. Estoy en ella, porque el obispo que la gobierna al presente, ocupa la misma Silla del apóstol San Pedro, á quien el Señor confió el cuidado de apacentar los corderos y las ovejas.» (Emtra, epist. fund., cap. 4.)

El mismo Santo Padre me dice en otro capítulo: «¿Dudaremos entrar en el seno de una Iglesia, cuya autoridad ha llegado al mas alto grado, á causa de la sucesion de sus obispos en la Sede apostólica, y de la condenacion de los herejes que ella ha confundido tanto por la gravedad de sus concilios como por la magestad de sus milagros?» (Cap. 17.)

El segundo, mas antiguo aun que San Agustín, fue San Ireneo. «La Iglesia romana, me dice, es en la que se ha conservado siempre la tradicion que viene desde los apóstoles.» (Lib. 3, c. 3.)

El tercero fue Tertuliano, que me dice: «Romanos comunica toda su autoridad: Iglesia afortunada en cuyo seno derramaron con sangre los apóstoles toda la doctrina.» (Preser. cap. 36.)

El cuarto fue San Gerónimo que, en su tercera carta contra Rufino, me dice: «Sabed que la fé romana está fortificada por la autoridad de San Pablo;» y en su último diálogo contra Luciferiano: «Diré mi pensamiento en pocas palabras y con claridad: es necesario permanecer en esta Iglesia (la romana) que ha sido fundada por los apóstoles y se conserva hasta hoy.»

A todos estos se junta San Gregorio Nacianceno que me responde: «La fé romana era ya pura antiguamente y lo es aun hoy; y une con los lazos de la caridad todo lo que el sol alumbra.» (Poema sobre su vida.)

Después de haber oído á estos hombres sabios y virtuosos, yo no pude dispensarme de seguir su parecer; y tomé la resolucion de abrazar la fé católica romana.

9.^a Pregunté además á otros santos y santas de Dios, en qué religion habian vivido, y cuál era la fé que les habia abierto las puertas del reino de los cielos. Todos me respondieron: «He-

mos vivido en la religion católica romana, y en ella nos hemos salvado.»

Tal fue, entre los obispos, la respuesta de San Martin, de San Nicolás, de San Atanasio y de otros muchos: entre los religiosos, la de San Benito, Santo Domingo, San Francisco y otra multitud; entre las vírgenes, la de Santa Agueda, Santa Catalina, etc. etc.

Sobre este fundamento debí discurrir así: «pues que los santos y santas á quienes acabo de preguntar, han entrado en el reino de los cielos profesando la religion católica romana, esta religion debe de ser el camino mas directo y seguro que puede seguirse, y seria inútil buscar otro.

10. Quise saber despues por qué fé habian derramado su sangre los mártires, sufrido los destierros y tolerado con paciencia admirable tan duros tormentos, suplicios tan horribles, prisiones tan largas, y todos respondieron: «por la fé católica romana.»

Tal fue la respuesta de treinta y tres soberanos pontifices.

Tal fue la de Cornelio y Cipriano, la de Fabian y Sebastian, de San Lorenzo, de Santa Agueda, de Santa Cecilia, de Santa Dorotea, de Santa Bárbara y de otra multitud.

En seguida me dije: una fé por la cual han hecho con la mayor alegría y de la manera mas gloriosa, el sacrificio de su vida tantos ilustres

mártires, no puede menos de ser verdadera. ¿Debi poner por mas tiempo en duda la verdad de la Iglesia católica romana?

11. Dejando ya estos gloriosos mártires, fijé mis miradas en las profundidades del infierno. Vi en medio de suplicios á Simon el Mago, á Novato, Arrio, Vigilancio, Pelagio, Nestorio, Macedonio, Marcion, Mahoma y otros muchos mas; y preguntándoles el motivo por qué habian sido condenados al fuego eterno, me respondieron: «por habernos separado de la Iglesia católica romana, y habernos constituido gefes de diferentes sectas.» De donde inferí que para no ser condenado como ellos por toda la eternidad, era necesario unirme á la Iglesia católica romana.

12. Nadie puede dudar que la fé del apóstol San Pablo es la verdadera y apostólica: es así que su fé fue la misma que la de la Iglesia romana, como lo declara él mismo, escribiendo á los romanos: «Yo deseo, les dice, consolarme en vosotros, por esta fé que es recíprocamente la vuestra y la mia.» Luego la Iglesia romana ha sido, y es aun por consiguiente, una fé verdadera y apostólica.

Los adversarios de la Iglesia romana convienen en que su fé ha sido verdadera y apostólica desde el principio; pero dicen que ha degenerado despues. Lo dicen, pero no lo prueban; porque si

alguno les pregunta cuál es el artículo de fé, que ha sufrido alteracion, en qué lugar, y en qué tiempo, no pueden dar ninguna respuesta satisfactoria, y deberian probar no obstante que su asercion no carece de fundamento.

Si fuese constante que la nobleza de una familia se remontaba muy alto, y alguno dijese: «Esta familia fue noble en otro tiempo; pero ya no lo es»: el que hablase asi estaria obligado á señalar la época en que aquella perdió sus derechos de nobleza, y á decir las razones por qué los habia perdido: falta por la cual le condenaria á guardar silencio un juez equitativo.

13. Mientras yo deliberaba si debia abrazar la religion católica romana, ú otra diferente, se presentó á mi espíritu una nueva dificultad.

Si deseche, me dije, la religion católica, me verá obligado á examinar cuál es la que debo preferir entre las protestantes. ¿Será la luterana, ó la calvinista? ¿la anabaptista ó la sociniana? Cada una de estas religiones se diferencia de las otras en muchos puntos, y se acusan recíprocamente de sostener los mas graves errores.

No es esto solo. Supongamos que me determino á abrazar una de ellas; mis investigaciones no terminarian por eso; porque cada una de estas religiones contiene un sinnúmero de sectas. Seria necesario pues examinar luego á qué secta, entre tantas, me debería reunir.

Mas sencillo era desecharlas todas de una vez, como lo he hecho, y abrazar la fé católica romana «á la que hasta la consumacion de los santos, ha dado Dios para ministerio y edificacion del cuerpo de Jesucristo, pastores y doctores; para que no nos dejemos arrastrar por todo viento de doctrina, por la corrupcion y astucia de los hombres, y por las astucias del error.» (Efes. 4, 11.)

14. Tomé la resolucion de desechar definitivamente toda secta ó religion cuyos dogmas fundamentales contuviesen errores, ó cuya doctrina fuese opuesta á la recta razon.

Examiné los dogmas que enseñan las religiones protestantes teniendo á la vista los artículos fundamentales, y los demas principios que establecí antes de entrar en materia.

En seguida me dije: la sabiduría de Dios es infinita, y su bondad no tiene límites. Nos ha impuesto preceptos cuya transgresion es castigada del modo mas severo, y por toda la eternidad. Estos preceptos debian ser tales por su naturaleza, que pudiésemos observarlos con los ausilios de su gracia. Si asi no fuese, el castigo de los culpables probaria que Dios no es un legislador soberanamente sabio, ni un Señor soberanamente bueno. Nadie diria en efecto que un Señor es soberanamente sabio, y al mismo tiempo soberanamente bueno, si mandando á un criado cosas imposibles, como detener el sol, le castigase de la manera mas

rigorosa condenándole á los mayores suplicios, por no haber ejecutado sus órdenes. Ahora bien : Dios es un legislador soberanamente sabio , y al mismo tiempo un Señor soberanamente bueno é indulgente ; luego no ha podido imponernos preceptos que no pudiesen observarse con los auxilios de la gracia. Luego es falso este artículo de fé, que se halla en el símbolo de todos los protestantes : *Es imposible, aun con el auxilio de la gracia, observar los mandamientos de Dios.*

En seguida debí decir : Dios es soberanamente bueno y no debe suponerse en él cosa alguna opuesta á su bondad. Seria contrario á su bondad soberana suponer que condena á los hombres por su propia voluntad , antes de prever algun *demérito* ; y con mas razon que los cria únicamente para condenarlos. Semejante conducta es impropia de Dios : luego la doctrina de los calvinistas sobre la predestinacion es falsa. Luego debemos rechazarla asi como á la secta que la profesa.

Aun debí decir mas : Dios es esencialmente veraz ; y tambien omnipotente , de modo que nada le es imposible. Cuando Jesucristo , que era Dios, dijo , presentando el pan y el vino á sus discipulos en la última cena : «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre» : ó no dijo la verdad , y entonces dejaria de ser esencialmente verídico ; ó no pudo hacer que el pan se convirtiese en su carne, y el vino en su sangre ; y entonces no seria omnipotente y por consiguiente no seria Dios.

Ciertamente Dios ha podido crear el mundo de

la nada , y Jesucristo convertir el agua en vino en las bodas de Canaan ; ¿por qué , pues, no podrá convertir el pan y el vino en su cuerpo y su sangre ? Luego la doctrina de los calvinistas que niegan la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, es falsa ; por lo que debe rechazarse asi como la secta que la enseña.

15. Examinando tambien los dogmas de las religiones protestantes , descubrí un gran número de paradojas increíbles , opuestas directamente á la sana razon.

Vi entre otras cosas que *todos los pecados son iguales, y que no hay pecado venial.*

Puesto esto , se debe discurrir de esta manera ; una palabra ociosa es un pecado ; pues que nuestro Señor Jesucristo amenaza con pedirnos cuenta de ella en el dia del juicio. Segun los novadores este pecado es igual á los otros ; y por consiguiente á la blasfemia , á la incredulidad , á la apostasía.

Si todos los pecados son iguales, su culpabilidad será igual tambien.

Si la culpabilidad es igual , merecerán el mismo castigo.

Si merecen el mismo castigo, su *remisibilidad*, ó su *irremisibilidad* será la misma.

Luego Dios perdonará las palabras ociosas tan dificilmente como los mas execrables pecados. No obstante, Jesucristo habla muy diferentemente de

las penas y de la *remisibilidad* del pecado. «Aquel, dice, que se encoloriza con su hermano, obligado será á juicio: quien dijere á su hermano raca, obligado será á concilio: y quien le dijere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego.» (Mat. 5, 22.)

Las afecciones de odio hácia el prógimo, serán pues castigadas; pero las palabras amargas serán castigadas con mas severidad; y las palabras injuriosas con mayor severidad aun. San Juan habla en su primera carta, cap. 5, v. 26, «*de un pecado que conduce á la muerte.*» Luego hay pecados que no conducen á la muerte: luego no todos los pecados son iguales.

Ademas: hay pecados que no serán perdonados en este mundo ni en el otro; tal es el pecado contra el Espíritu-Santo. Los hay tambien que son perdonados en este mundo, ó en el otro. Luego la *remisibilidad* no es la misma para todos los pecados; y por consiguiente ni la culpabilidad. No son pues iguales todos los pecados.

En fin; se lee en los proverbios: «El justo caerá siete veces y se levantará; pero los impíos caerán para mal.» (24, 16.) Luego hay pecados que quitan la justicia habitual, y otros que no lo hacen así. Preciso es inferir que todos los pecados no son iguales; y por consiguiente he tenido razon para desechar la religion ó la secta que enseña lo contrario.

16. Los protestantes dicen tambien que todas nuestras buenas obras son pecados; y como por otra parte enseñan que todos los pecados son iguales, resulta que todas nuestras buenas obras son pecados iguales á los otros pecados. La oracion será pues un pecado igual á la blasfemia; la limosna un pecado igual al robo; y la restitucion un pecado igual á la injusta detencion. Esto es lo mas absurdo que puede imaginarse: luego lo mismo debe decirse de la secta que lo enseña.

17. Despues de esto quisiera yo saber la respuesta que daria un ministro protestante y lo que aconsejaria al que preguntase si deberia restituir lo que poseia injustamente. Porque si respondia que era necesario restituir, éste podria entonces preguntar si la restitucion era una buena obra; y en el caso de ser afirmativa la respuesta del ministro, decirle: segun vosotros todas las buenas obras son pecados, y todos los pecados son iguales; por consiguiente, que restituya yo, ó que no restituya, cometeré un pecado, y en ambas suposiciones mi culpabilidad será la misma.

Esta doctrina me pareció absurda, y debí reprobirla así como las sectas que la enseñan.

18. Dios es soberanamente santo: por consiguiente dista infinitamente del pecado y le detesta.

Si Dios detesta el pecado, no querrá de ninguna manera que nadie se haga culpable de él.

Si no quiere que nadie se haga culpable de pecado, no puede mandar que se cometa, ni inducir á ello.

Si no puede inducir al pecado, no puede ser nunca autor ó causa de él: luego es un absurdo decir con los calvinistas y con Lutero, que Dios quiere el pecado; que lo sugiere; que le produce; que le manda; que le obra; ó que dirige al mal los perversos designios del impío.

49. Yo lei un gran número de historias, así civiles como religiosas; consulté los anales de diferentes pueblos y de diferentes naciones que ocupan ó han ocupado la superficie del globo, para saber si la religion luterana, la religion calvinista y las demas religiones protestantes fueran conocidas antes del siglo XVI.

Leí también con la misma intencion muchos manuscritos muy antiguos; y examiné las inscripciones y medallas que nos han conservado el recuerdo de las cosas memorables sucedidas en cada siglo. En ninguna parte se habla de estas religiones; ningun vestigio se encuentra de ellas en los antiguos monumentos, de donde inferí que eran de nueva invencion; y que no descendian, por consiguiente, de los apóstoles, ni de Jesucristo, sino solamente de aquellos cuyos nombres llevan, y que por lo tanto debian de ser desechados.

20. Me acuerdo de haber leído en mi juventud un libro compuesto por un calvinista con el título de *Itinerario*. El autor de esta obra quiere demostrar por una serie de nombres reunidos al efecto, que ha habido en cada siglo de la Era cristiana hombres que han profesado la doctrina de Lutero y Calvino, pero han sido inútiles todas sus tentativas.

Es de notar que atribuye á aquellos, cuyos nombres cita, opiniones conformes á la vez á las de Calvino y Lutero, formando *luterocalvinistas*; siendo así que Lutero y Calvino no estaban acordados entre sí y que los luteranos y calvinistas no profesan la misma fé.

Ahora bien: así como un religionario es simplemente luterano ó simplemente calvinista, no habiendo hoy persona alguna que sea luterocalvinista, del mismo modo no han podido ser luterocalvinistas los que el autor del libro cita en su *Itinerario*.

Además, no son aquellos mas luteranos que calvinistas, y mas calvinistas que luteranos. Los anabaptistas y los demas sectarios podrian con tanta razon como los luteranos y calvinistas ponerlos en el número de sus correligionarios.

El *Itinerario* no prueba que haya habido antes de Lutero y Calvino, hombres que hayan creído, profesado y enseñado todo lo que Lutero y Calvino enseñaron, ó bien lo que creen, profesan y enseñan ahora los luteranos y los calvinistas.

Luego hace luterocalvinistas á aquellos de

quienes habla, únicamente por haber encontrado en sus escritos una ó dos palabras, una proposición que se encuentra en la doctrina luterana, ó en la doctrina calvinista.

De este modo hubiera podido incluir en su nomenclatura á Mahoma, Arrio, y todos los heresiárcas; porque todos estos han creído, profesado ó enseñado alguna de las cosas que creen, profesan y enseñan los luteranos ó los calvinistas; pues Mahoma enseñaba que no había mas que un solo Dios; Arrio, que los concilios podían errar, y que el de Nicea erró de hecho condenándole etc. etc., de donde resulta que Mahoma, Arrio y los otros han sido, según esto, luterano-calvinistas.

Ademas pone en su catálogo personas que han profesado hasta el fin de su vida la fé católica romana; soberanos pontífices, cardenales, arzobispos, obispos, monjes y aun hombres que han escrito en defensa de la Iglesia católica. ¿Qué motivo ha habido para obrar así? Ninguno absolutamente.

Según él, San Gregorio ha sido luterano-calvinista porque censuraba los vicios del clero; San Ireneo, porque hace el elogio de la Escritura; San Policarpo, porque su doctrina era la de los apóstoles; el cardenal Belarmino, porque reprendía los pecados de los malos católicos etc. etc. Pero de que San Gregorio condenase los vicios del clero; de que San Ireneo haga el elogio de la Escritura; de que San Policarpo enseñase la doctrina de los apóstoles; de que el cardenal Belarmino reprendiese á los malos católicos, no se sigue de ningún modo

que hayan sido luterano-calvinistas. ¿No abomina todo católico piadoso los escándalos de los malos sacerdotes? ¿no reprenden los oradores celosos la conducta criminal de los malos cristianos? ¿no recomiendan la lectura de la Escritura Santa y la doctrina de los apóstoles? Sería preciso hacer también á todos estos luterano-calvinistas.

21. Sigo también á las herejías que han aparecido desde el origen del cristianismo hasta Lutero, y hago descubrimientos mas preciosos aun que los que acaban de ocuparnos.

Yo advierto que la doctrina de los luteranos como la de los calvinistas, se halla casi toda en la de otros herejes, que ha sido condenada ya por la Iglesia. No digo que los errores de Lutero ó Calvino hayan sido los de algunos de aquellos en particular; pero parte de ellos se halla en este, parte en aquel, en una época ó en otra.

Infiero de aqui, no que la religion luterana es anterior á Lutero, y la calvinista á Calvino; sino solamente que ambas religiones son una amalgama de diferentes herejías condenadas ya por la Iglesia romana, y á las cuales han añadido algunas otras novedades.

Parecen estas sectas á los vestidos que los mendigos se hacen, cosiendo remiendos viejos de diferentes colores á un trapo nuevo, que así por su calidad como por su color, no guarda armonía con el resto.

22. Me ocupé en seguida de las señales ó notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, que debía de ser *una, santa, católica y apostólica*.

No me fue posible reconocer estas notas ó signos en las iglesias reformadas, ó por mejor decir, en estas iglesias que no tienen forma.

Sobre muchos artículos de fé y aun sobre artículos esenciales, difieren estas iglesias entre sí, y cada una de ellas se subdivide despues en otras muchas sectas que tienen en materia de fé opiniones y creencias diversas: luego no se les puede atribuir la *unidad*.

La santidad exige que *el hombre se aleje del mal y haga el bien*. (Ps. 36, 27.) Ahora pues: estas sectas no solamente no recomiendan la observancia de los mandamientos de Dios, como medio de evitar el mal; sino que tienen por cierto que es imposible observarlos; y lejos de aconsejar la práctica del bien, enseñan, al contrario, que las buenas obras son inútiles á la salvación, y aun estan inficionadas de pecado: luego no son *santas*. Por eso no se vé ningun santo que haya profesado su fé.

Ninguna de ellas ha sido predicada en todo el universo como la religion romana; ni pueden atribuirse la universalidad de tiempos, no habiendo existido antes del año 1515; ni la de lugares porque no ocupan sino muy pocos países: luego no son universales, es decir, *católicas*.

No han sido tampoco fundadas por los apóstoles, pues ninguna de ellas puede remontarse has-

ta los apóstoles, ni por su doctrina ni por sus ministros: luego no son *apostólicas*.

Perteneciendo, pues, estas notas á la Iglesia romana únicamente, con razón he debido preferirla á todas las demas.

23. Despues me remonté á los tiempos, en que pueblos, naciones ó comarcas enteras pasaron desde la idolatría al cristianismo; lo que fue una cosa admirable, y no pudo hacerse sino con la asistencia de Dios, pues los reyes y emperadores mas poderosos y los mas crueles tiranos se opusieron á los progresos de la fé. Los mismos idólatras en presencia de una religion que es enemiga de la carne y de la sangre, que destruye las máximas del mundo, que propone misterios sublimes, á cuya altura no puede llegar la razon por sí sola, debieron resistirse á admitirla, y con tanto mejor éxito cuanto que los predicadores que la anunciaban, eran pacíficos en un todo.

Quise saber cuál de las religiones que se llaman cristianas habia sacado al mundo de las tinieblas de la idolatría, y me convencí sin trabajo de que todos los pueblos se habian convertido á la fé católica romana por los esfuerzos de hombres apostólicos á quienes los romanos pontífices habian dado la mision de evangelizar á las naciones.

Los adversarios de la religion católica romana convienen en que, durante los cinco primeros siglos de la Iglesia, fue aquella únicamente la que abrazaban los gentiles.

En el siglo VI, se convirtió la Inglaterra por los esfuerzos de San Agustín enviado allí por el Papa San Gregorio.

En el VII, convirtió la Alemania San Bonifacio enviado por el Papa Gregorio III.

En el VIII, convirtieron la Moravia San Cirilo y San Metodio.

En el IX, convirtieron la Hungría y la Polonia San Alberto, San Pelegrin y otros.

En el X, se convirtieron la Bohemia y la Moscovia por los esfuerzos de los predicadores católicos romanos. La Francia, ó la Gault, lo había sido ya hacia tiempo, por San Remigio, y la Frigia por San Bonifacio y San Willebord.

En el XI, convirtió San Bruno la Pomerania.

En el XII, convirtió la Livonia San Menardo; á la Suecia Nicolás Brakpier, y á la Pomerania otra vez San Alton.

En los siglos XVI y XVII se convierten á la fe católica un gran número de provincias en las Indias asi orientales como occidentales, y cada día se convierten á ella nuevos pueblos.

No he encontrado ninguna nacion pagana que se haya convertido al luteranismo, ó al calvinismo, ó á cualquiera otra secta protestante. Estas nuevas religiones no han sido abrazadas sino por católicos indiferentes que han querido entregarse á una vida licenciosa.

Luego he debido preferir prudentemente la religion católica romana á las religiones protestantes.

24. Me he convencido en el curso de la precedente consideracion de que los apóstoles y hombres apostólicos á quienes el mismo Dios elegia y enviaba para convertir los pueblos y naciones, recibieron del cielo el dón de los milagros, conforme á la promesa que Jesucristo hizo á sus apóstoles: «id, predicad; resucitad los muertos, curad los leprosos, espeled los demonios, etc.» (Mat. 10, 7 y 8); y el evangelista nos enseña que «predicaban en todo lugar, favoreciendo el Señor su obra y confirmando su palabra con los milagros de que iba acompañada.» (Mar. 16, 20.)

Los autores de las sectas modernas se glorían de haber recibido de Dios la mision de reformar su Iglesia; pero no han hecho ningun milagro para confirmar la verdad de su doctrina, y probar la divinidad de su mision. ¿Debia yo creer en su palabra despues de prevenirnos Jesucristo «que es preciso guardarse de los falsos profetas que vienen cubiertos con piel de ovejas, es decir, *teniendo siempre en la boca la Escritura y el Evangelio*, pero que son dentro lobos rapaces?» (Mat. 7, 15.) Nuestra desconfianza debe de ser tanto mayor cuanto se destruyen reciprocamente sus doctrinas; porque no es posible que unos y otros enseñen la verdad.

Luego Dios no los ha enviado á todos para reformar su Iglesia. No obstante, el uno no prueba mejor que el otro la divinidad de su mision y la verdad de su doctrina; y he creído que no debia seguir ni á los unos ni á los otros.

25. Quise comparar luego la vida y costumbres de los fundadores de las religiones protestantes con la vida y costumbres de los hombres apostólicos que convirtieron los paganos á la fé romana. ¡Qué diferencia, gran Dios, entre unos y otros! Tanta como hay entre el cielo y la tierra.

Estos últimos eran hombres llenos del espíritu de Dios, devotos y piadosos; que practicaban la virtud en grado heroico; que hacian una vida sobria, humilde, continente; despreciando los bienes y placeres de este mundo; no buscando mas que la gloria de Dios; ni proponiéndose en su conducta y escritos mas fin que la salvacion de las almas.

Los primeros, al contrario, esclavos de la carne y de los placeres, apóstatas de la fé, violadores de sus votos, impios; orgullosos, no predicaban mas que la libertad de la carne y de hacerlo todo, como se ve de una manera evidente en su conducta y escritos.

¿Ha habido en efecto hombres mas orgullosos y arrogantes que Lutero y Calvino, que se preferian á toda la antigüedad, y anteponian su interpretacion de la Escritura á la de los Padres y de la Iglesia? ¿Ha habido un escritor mas obsceno que Lutero, mas impio y blasfemo que Calvino? Sus mismos partidarios no pueden menos de confesarlo.

26. Aun me sentí mas vivamente inclinado á preferir la religion católica romana á las religio-

nes protestantes, cuando ví á un gran número de los hijos de aquella despreciar, aun hoy, todas las comodidades de la vida, dejar sus padres y amigos, renunciar los honores y dignidades, desprenderse de los bienes que poseian, y renunciar á los que esperaban, no temer las amenazas de los tiranos, arrostrar la muerte, y volar con la mayor alegría hácia las naciones mas distantes, y los pueblos mas bárbaros á predicarles el Evangelio, á trabajar por su conversion, y unirlos á la Iglesia católica, no obstante estar seguros de ir espuestos, como San Pablo entre los gentiles, á muchas fatigas, á vivir frecuentemente en prisiones, entre golpes y á vista siempre de la muerte. No he podido encontrar este celo entre los predicadores protestantes.

Concluí de todo esto que los unos y no los otros estaban animados del verdadero espíritu de Dios, porque no hay caridad superior á la que conduce á hacer el sacrificio de la vida por sus amigos. (S. Juan 15, 13.)

27. Entre los católicos romanos ví tambien, y esto fue para mí un espectáculo sorprendente, á muchas doncellas y jóvenes ilustres criados en el seno de la opulencia, rodeados de todas las comodidades de la vida, descendientes de las mas ilustres familias, no solamente nobles de origen, sino varones, condes, marqueses, príncipes, hacer el sacrificio de todos los placeres, é ir en tropel, aun

Después de vencer grandes obstáculos, á encerrarse en los conventos de comunidades religiosas, pobres y austeras, únicamente por el amor de Dios, y con el objeto de asegurar su salvacion; en tanto que las religiones protestantes apenas ofrecen el ejemplo de una sola persona de alta nobleza ó de un poco elevada condicion que se digne abrazar la profesion de ministro. No creo que Dios atienda á la cualidad de las personas que le sirven, pues que Jesucristo eligió él mismo por apóstoles á hombres groseros y sencillos pescadores; pero deducí que su gracia debía obrar, de una manera mas particular, sobre los que hacian tan extraordinarios sacrificios; y que por lo tanto su fé debía de ser la verdadera.

28. Dos ministros luteranos hablaban en mi presencia de un jóven á quien yo conocia, dotado de muy buenas disposiciones; y habiendo dicho el uno de ellos: «Este jóven vivirá en el celibato y la continencia, segun lo que puedo juzgar por sus gustos é inclinaciones»: añadió el otro: «Hará bien; pues la continencia y el celibato son un señalado favor, un dón especial de Dios.»

Como era yo entonces muy jóven y luterano, me sorprendí al oír esto, y dije en mi interior: Nuestros padres se tienen por los reformadores de la Iglesia, y los predicadores del Evangelio mas puro; ¿y cómo es que siendo la continencia y el celibato un señalado favor, y una gracia especial de Dios, no haya concedido esta gracia y favor á

ninguno de ellos? pues no vemos en ninguna parte ministros protestantes que sean célibes, ni se ha oído decir que los haya habido; al paso que entre los católicos ha habido un número infinito de virgenes, religiosas, religiosos y eclesiásticos que guardan la continencia y castidad. Luego su religion debe de ser mas grata á Dios que la nuestra; porque «nadie puede ser continente si Dios no concede esta gracia.» (Sabid., 8.)

Después recordé muchas veces estas palabras, y fueron uno de los motivos que me determinaron á abrazar la fé católica romana.

29. Habiendo leído muchos libros escritos por protestantes contra la fé y la religion católica romana, he visto que se prueba en ellos lo que admiten tambien los católicos, y que apenas se toca á lo que constituye propiamente la creencia católica.

Se citan allí con prodigalidad los testos de la Sagrada Escritura para probar que es necesario adorar á Dios y tributarle un culto supremo: verdad que jamás han puesto en duda los católicos; pues creen firmemente que seria culpable de idolatría quien tributase honores divinos á una criatura por grande que fuese.

Se citan tambien muchos pasages de la Escritura, en que se habla del matrimonio con mucha reverencia; ¿pero qué se quiere deducir de aquí? Los católicos no niegan que el matrimonio sea una cosa buena y honrosa, pues le ponen en el núme-

ro de los sacramentos; solamente enseñan con el Apóstol San Pablo que «quien casa su hija, hace bien; pero el que no la casa, hace mejor.» (1.ª á los Cor. 7, 38.)

Se elogian allí del mismo modo y con mucho énfasis los méritos de Cristo y el valor de su satisfacción por nuestros pecados; pero ¿con qué fin? Los católicos enseñan también que los méritos de Cristo tienen un valor infinito, y que ha satisfecho por los pecados de todos; solamente añaden con San Pedro en su segunda carta: «apresuraos á hacer cierta vuestra vocacion y eleccion, con las buenas obras.» (1, 10.) Y con San Pablo en su carta á los romanos: «sufrimos con él para participar de su gloria.» (8, 17.)

Se ensalza también allí la fé de una manera extraordinaria; pero ¿con qué objeto? Los católicos declaran del mismo modo, que la fé es necesaria para la salvacion; pero enseñan con Santiago: «que el hombre se justifica con las obras y no solamente con su fé.» (2, 24.) Dicen con San Pablo: «Si tuviese toda la fé, de manera que trasladase las montañas y no tuviese la caridad, nada soy.» (1.ª á los Cor. 13, 2.)

Por último, se censura allí fuertemente la conducta escandalosa de ciertos eclesiásticos; pero ¿con qué fin? Los católicos abominan y condenan también la conducta escandalosa de los malos sacerdotes, y esto no impide que admiren la continencia de otros y la pureza angélica en que conservan su cuerpo y su espíritu.

30. Vi además, que los ministros en sus discursos y los profesores en sus lecciones, empleaban la calumnia, con preferencia á otros medios, para denigrar á los ojos del pueblo la Iglesia católica romana. Este modo de obrar me dió motivo para concluir que así los unos como los otros, no tenían buenas razones que hacer valer; porque no se calumnia á los adversarios sino cuando no puede responderseles.

Por otra parte, la calumnia va siempre acompañada de falsedad y mentira. ¿Se puede llegar por tales medios al descubrimiento de la verdad? Decir que los católicos tributan á los santos el mismo culto que á Dios; que ponen en lugar de Dios al papa; que tienen mas confianza en los méritos de los santos que en los de Cristo Señor nuestro, y otras cosas de esta naturaleza, es mentir impudentemente.

Yo no podia establecer mi creencia sobre la mentira y la calumnia; y tomé la resolucion de buscar la verdad; y despues de haberla encontrado, dejé á un lado todas estas nuevas sectas que están llenas de imposturas.

31. Asistiendo, en mi adolescencia, á una leccion de teología en una academia calvinista, recuerdo que uno de los oyentes, mas inteligente que los otros, arguyendo en sentido católico hizo publicamente á su profesor una objeccion muy difícil. El profesor se quedó parado; dudó un instante, y

dijo en seguida: que *él* habia hecho otra vez en Inglaterra esta misma objecion á su profesor; y que éste le dijo por toda respuesta que era *indisoluble*; y que era preciso eludirla, y no responder jamás directamente á ella, cuando la presentasen los católicos.

Yo me escandalicé al oír esto; porque las evasivas no son respuestas, y con ellas no se llega al conocimiento de la verdad.

32. Lo que me hizo aun mas sospechosa la doctrina de los protestantes, fué el verlos reformar continuamente la Biblia. Quitan libros enteros; la traducen de mala fé; la interpretan arbitrariamente, siguiendo su inspiracion particular; al mismo tiempo que los católicos tienen en todas partes la misma Biblia, y la misma version; y en vez de explicarla segun su capricho siguen la interpretacion dada por los antiguos Padres, y por la Iglesia de quien ha dicho Jesucristo: «el que no oiga á la Iglesia, sea para vosotros como un pagano y publicano.» (Mat. 18, 17.)

33. A fin de no omitir nada leí con toda atencion el pequeño catecismo de Lutero, que siguen en este momento los luteranos de Hungría: leí ademas la edicion hecha en Wittemberg, el año 1567, y difiere esencialmente de la edicion actual en gran número de artículos que hacen parte de la fé.

Esto me hubiera parecido inesplicable si no

hubiese recordado que los novadores modernos mudan de símbolo á su antojo, segun los tiempos y lugares.

La edicion de Wittemberg ha sido reimpressa en Hungría en 1701; y por consiguiente, cualquiera puede informarse de que es cierto lo que acabo de decir.

Yo habia leído ya los catecismos de que se sirven y han servido hasta hoy en los países católicos que he recorrido; y en todo estan conformes acerca de lo que hace parte de la fé.

34. Viendo entre los luteranos de la confesion de Augsburgo una divergencia tan grande de opiniones en materia de fé, examiné atentamente el texto de esta confesion.

Se parece tan poco á sí misma en los diferentes lugares en que se la sigue y en las diversas ediciones que se han hecho, que no me hubiera sido posible reconocer la verdadera (los profesores de las universidades luteranas estan divididos acerca de este punto) si el bibliotecario imperial de Viena no nos hubiera mostrado entre otras muchas curiosidades el original de esta confesion, como lo presentó Melancton al emperador Carlos V en la dieta de Augsburgo en 1530. Difiere esta tanto de las que se han impreso, que nadie tomaria el escrito que vimos por una confesion de Augsburgo si no tuviese este titulo: *Confesion de Augsburgo*. De lo que concluí que la actual doctrina luterana

no era la de la confesion de Augsburgo, sino otra diferente; y que por lo tanto debia rechazarla del todo.

Si se me pregunta por qué no abracé la doctrina de la primitiva confesion de Augsburgo, responderé que por muchas razones, y especialmente porque contiene mentiras, errores y contradicciones, como lo ha demostrado despacio el cardenal Pazmann.

35. (Yo medité seriamente estas palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida; y pocos son los que alinan con él!» (San Mat. 7, 13); y las siguientes: «Esforzaos á entrar por la puerta estrecha.» (Luc. 13, 24.) Al momento ví que las religiones protestantes no eran el camino estrecho que conduce á la vida, sino el ancho que lleva á la perdicion. Segun ellas basta para salvarse el creer que uno se salvará, ó que está predestinado á salvarse: doctrina ancha, evidentemente contraria á la de Jesucristo y sus apóstoles. «Señor, decia uno á Jesucristo, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?» «Si quereis salvaros, le respondió, observad los mandamientos.» (San Mat. 19, 16 y 17.)

Los protestantes no pueden decir, «si quereis salvaros, guardad los mandamientos» porque sos-

tienen que no es posible al hombre observarlos. ¿Qué responderán, pues? «Si quereis salvaros, creed simplemente que Jesucristo ha cumplido por vosotros los mandamientos de Dios, su Padre.»

Los judios á quienes las palabras de San Pedro habian inspirado sentimientos de compuncion, decian: «¿Qué haremos? Haced penitencia,» les respondió el Apóstol. (Act. 2, 37.) Jesucristo dice tambien en San Lucas: «Si no haceis penitencia, perecereis,» y San Pedro; «convertiros para que sean borrados vuestros pecados.» (Act. 3, 19.) San Juan Bautista empieza asi su predicacion: «Haced penitencia;» y mas adelante: «Haced frutos de penitencia.» (San Mat. 3, 2 y 8.)

¿Qué responderian los protestantes á quien les preguntare si es necesario hacer penitencia, y de qué manera es preciso hacerla? «Creed, le dirian, que vuestros pecados están perdonados por los méritos de Jesucristo, y esto basta.»

Ahora les presento yo esta cuestion: ¿Debemos perdonar á los que nos ofenden, y olvidar los insultos que se nos han hecho, para que Dios perdone nuestros pecados? No pueden responderme otra cosa segun su doctrina sino que no es esto necesario, y que basta con creer que nuestros pecados nos han sido perdonados; al paso que dice Jesucristo: «Si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial perdonará tambien vuestros pecados; pero si no perdonais á los hombres, vuestro Padre celestial no os los perdonará tampoco.» (Mat. 6, 14 y 15.)



UNIVERSIDAD AVILA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Continúo mis cuestiones, y les pregunto si debo practicar buenas obras para merecer la vida eterna. Me responden: «No; tened fé; esto basta»; al paso que dice San Pedro: «Apresuraos á asegurar vuestra vocacion y eleccion, con vuestras buenas obras» (2.^a carta, 1, 10); y San Pablo: «A cada uno dará segun sus obras.» (A los rom. 2, 6 y 10.) «Cada uno será recompensado segun su trabajo.» (A los cor. 3, 8.)

Insisto en saber si puedo redimir mis pecados con limosnas, despues de haber dicho Jesucristo: «Haced limosnas, y todo será puro para vosotros» (Luc. 11, 14); y el profeta Daniel: «redimid vuestros pecados con limosnas, y vuestras iniquidades con la misericordia hácia los pobres.» (4, 24.) Los protestantes se ven obligados á darme esta respuesta: «la limosna no es necesaria. Creed solamente que Jesucristo ha satisfecho por vos y con esto estais purificados. Creed que ha muerto por vosotros nuestro Señor Jesucristo, y vuestros pecados quedan redimidos.» La fé basta para producir todos estos efectos.

Yo pregunto, en fin, por qué pecados son los hombres reprobados y escludos de la gloria celestial. San Pablo me responderia: «los idólatras, adúlteros, avaros, etc. etc., no poseerán el reino de los cielos.» (1.^a á los Cor. 6, 9 y 10.) Pero los protestantes me responderán con Lutero: «La incredulidad nada mas es la que condena.» (Postille, sobre el 8.^o domingo despues de Trinidad.)

He aquí ciertamente un camino nuevo y muy

ancho para ir al cielo, pero que hasta ahora no ha conducido alli á nadie.

36. Examinando esta tesis luterana: «Basta la fé para salvarse,» vi que Lutero habia añadido fraudulentamente la palabra «*sola*» al testo de San Pablo: «Pensamos que el hombre se justifica por la fé.» (A los rom. 3, 28.) Desde entonces debí suponer que los protestantes habrian hecho otro tanto con otros muchos testos de la Escritura, de que ellos se sirven, y me convenci bien pronto de que mis dudas eran legítimas.

San Pedro dice estas palabras que hemos ya citado: «Por lo tanto, hermanos míos, apresuraos á hacer ciertas, con las buenas obras, vuestra vocacion y eleccion.» (2.^a cart. 1, 10.)

El mismo Lutero ha omitido, en su version, estas palabras: *con vuestras buenas obras*; que prueban evidentemente que las buenas obras no son inútiles para la salvacion, como aquel enseñaba.

En el Evangelio de San Lucas (cap. 22, 19) en vez de estas palabras muy claras: «*Hoc est corpus meum, este es mi cuerpo*» la mayor parte de los calvinistas ponen estas: «*Hic est corpus meum, este pan es mi cuerpo*» para escluir la presencia real del cuerpo de Jesucristo, en la Eucaristia.

Del mismo modo en este versiculo de San Juan: «*Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi; soy el pan vivo que he bajado del cielo*» han sustituido la palabra *vivificans* á la palabra *vivus* para dar á en-

tender que el pan de que se habla, es el pan usual. Las palabras de Santiago: «*Confitemini alterutrum peccata vestra*, confesad vuestros pecados, los unos á los otros» (5, 16) las han reformado así: «*Confitemini peccata vestra erga invicem*» para alejar la idea de la confesion sacramental, de que dicen los católicos que habla el Apóstol. Las de San Pablo á los hebreos: «*Honorabile connubium in omnibus*, que el matrimonio sea honrado en todas las cosas» (13, 4) las reforman del modo siguiente para autorizar el matrimonio de los sacerdotes: «*Honorabile connubium inter omnes*; sea honrado el matrimonio entre todos.»

Traduciendo las siguientes palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os ha preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber....» (25, 34 y 35) ha suprimido Lutero la conjunción *enim*, que establece el mérito de las buenas obras para la vida eterna.

Podría citar otra multitud de pasages de la Escritura, que han sido alterados de la misma manera.

De todas estas observaciones he concluido que los apóstoles de las religiones protestantes, en vez de enseñar el camino de Dios, en la verdad, violentaban de mala fé la Escritura, truncándola y reformándola á su antojo, para acomódarla á sus opiniones. ¿Podía yo seguirlos desde este momento?

37. En seguida me serví del análisis y síntesis para distinguir la verdadera Iglesia de Jesucristo de las que no lo son, discurrendo de esta manera:

Hay una verdadera Iglesia de Jesucristo.

Esta proposición es admitida por los partidarios de todas las religiones ó sectas que tienen dividido el mundo cristiano, esceptuando los herejes llamados *espectantes*.

Si hay una verdadera Iglesia de Jesucristo, ha debido de ser instituida por el mismo Jesucristo.

Si ha sido instituida por Jesucristo, debe haberlo sido con mucha sabiduría, porque Jesucristo es la sabiduría eterna.

Habiendo sido instituida sábiamente, su duración debe ser eterna segun la doctrina de Jesucristo que dice en San Mateo: «El hombre sabio funda su casa sobre piedra: ha caído la lluvia, se han desbordado los rios y soplado los vientos sobre ella, y no ha sucumbido porque sobre piedra estaba levantada.» (7, 24, 25.) Sobre la piedra de quien ha dicho: «Sobre esta piedra levantaré mi Iglesia, y no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.» (16, 18.)

Hallándose sólidamente establecida la Iglesia de Jesucristo, no ha podido ni desfallecer ni sucumbir en la lluvia de las aflicciones, ni ser arrastrada por el desbordamiento de las persecuciones, ni derrocada por el viento de las herejías: en otro caso estaría fundada sobre arena, y no sobre piedra.

Si la Iglesia no ha podido faltar, ha debido ser

siempre visible; pues si hubiera dejado de serlo, ¿qué objeto tendría esta advertencia que Jesucristo hacía á los fieles «Decidlo á la Iglesia; si no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como un pagano y publicano?» (Mat. 18, 17.) ¿Cómo hemos de decirlo á la Iglesia y someternos á ella si es invisible, y no se la puede encontrar?

Debiendo ser la Iglesia visible para todos los hombres, los apóstoles debieron establecerla sobre toda la tierra, despues de la Ascension de Jesucristo, conforme á lo que les habia dicho: «Id por todo el mundo á anunciar el Evangelio á toda criatura» (Marc. 16, 15); y lo hicieron esactamente, pues el mismo evangelista añade: «Predicaban en todas partes confirmando el Señor su palabra con las maravillas que les acompañaban.» (Ibid., 20.)

Luego habiéndose estendido la fé por todos los lugares y predicándose la verdad á todo el universo, por los apóstoles, la Iglesia fue universal ó católica.

Si fue universal, fue una; y por consiguiente no hay mas que *un solo redil*, como dice S. Juan (10, 16); y *un solo cuerpo*, como dice San Pablo (á los rom. 12, 4); y *un solo espíritu*, como dice el mismo apóstol á los de Éfeso.

Si la Iglesia no tuvo mas que un solo cuerpo y un solo espíritu, tampoco debió de tener mas que una sola cabeza.

Si la Iglesia no tuvo mas que una sola cabeza, luego Jesucristo estableció, despues de su ascension, á uno de sus apóstoles gefe de ella para que fuese su cabeza.

Si uno de los apóstoles ha sido establecido gefe de la Iglesia por el mismo Jesucristo, habrá sido aquel á quien dijo el Salvador: «Apacienta mis corderos;» (San Juan, 21, 16.) y en otra ocasion: «Tú te llamarás Cefas, es decir, Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia.... Yo te daré las llaves del reino de los cielos.» (San Juan, 1, 42; y S. Mat. 16, 18 y 19.)

Ahora bien: Pedro no podia vivir eternamente, y la Iglesia debia durar hasta el fin de los tiempos, segun la promesa de Jesucristo: «Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» (Mat. 28, 20.) Por consiguiente Pedro debió tener en su oficio pastoral, en la direccion de la Iglesia universal, y en la ensenanza de la doctrina cristiana, sucesores que á su vez debian luego tenerlos tambien.

Esta sucesion perpétua y continua de pastores y de doctrina, caracteriza pues esencialmente la Iglesia de Jesucristo.

No pudiendo Pedro y sus sucesores predicar por sí mismos el Evangelio á toda la tierra, tenian necesidad de coadjutores para llevar á cabo esta obra santa. Por esto estableció Jesucristo otros pastores y doctores... para la edificacion del cuerpo de Jesucristo, hasta que nos hallemos todos nosotros en la edad de la plenitud cristiana, de manera que no tengamos mas la ligereza de la infancia, y no nos dejemos arrastrar por todo viento de doctrina, por la malicia de los hombres... (S. Pab. á los efes. 4, 14.)

Por último, llamándonos Jesucristo á su Iglesia para que «nos vistamos del hombre nuevo, que ha sido criado segun Dios, en la justicia, y en la santidad de la verdad,» (Ibid., 24.) su Iglesia debe de ser *santa*.

Si la Iglesia de Jesucristo es santa, conducirá precisamente á la santidad, y contará en su seno algunas personas distinguidas por la santidad de su vida.

Luego esta Iglesia de Jesucristo, fundada por él mismo, y propagada por sus apóstoles, no puede ser diferente de la Iglesia católica, cuya principal silla fue establecida en Roma por los santos apóstoles Pedro y Pablo; cuya doctrina fue por ellos difundida; cuya fé era la misma que la de estos ilustres caudillos, y especialmente de San Pablo, como él mismo lo declara en su carta á los romanos (1, 12): luego la Iglesia es *apostólica*.

Su doctrina fue predicada en todo el universo (Ibid., 8): luego es universal ó *católica*.

Jesucristo la fundó sobre la piedra en la persona de Pedro; no ha podido pues faltar la Iglesia, y no ha dejado en efecto de ser visible en ningun tiempo esta Iglesia á la que recurren todas las naciones, y á la que se convierten todos los pueblos que renuncian al paganismo.

La Iglesia ha tenido, desde San Pedro hasta el actual pontífice, pastores que han gobernado toda la cristiandad; y profesa esactamente la misma fé en todo el universo: luego es *una*.

Cuenta ademas en su seno la Iglesia católica

una innumerable multitud de santos y de santas; de mártires, confesores y vírgenes. Por otra parte enseña á los fieles á buscar la santidad, enseñándoles á huir del mal, y hacer el bien: luego es *santa*.

Luego la fé romana es la verdadera fé.

Luego la religion romana es la verdadera religion.

Luego la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, la única en que podemos salvarnos: y si es la única donde podemos salvarnos, es tambien la única á que debemos unirnos.

38. Por otra parte las religiones protestantes, ora se las considere colectivamente, ora en particular é independientemente unas de las otras, ofrecen mucha variedad en la doctrina y en la creencia. No es pues posible encontrar en ellas la *unidad*.

Tampoco han sido establecidas por los apóstoles; pues se han formado antes bien, mucho tiempo despues. Seria imposible hacer subir su doctrina y la sucesion de sus pastores mas arriba de Lutero. Luego no son *apostólicas*.

Ninguna de ellas es universal; ninguna de ellas se estiende por todas partes: luego ninguna de ellas es *católica*.

Del mismo modo no pueden citar estas religiones una sola persona que se haya santificado en su seno. Lejos de enseñar á los fieles á evitar el mal

y hacer el bien, sostienen que esto es imposible é inútil. Luego no puede atribuirseles la *santidad*.

Por consiguiente no tienen estas religiones ninguno de los caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

39. En la mayor parte de las controversias habidas entre los católicos y los protestantes, relativamente á ciertos textos de la Santa Escritura, no se trata de saber si el libro de donde son tomados es auténtico, y si la version de que se hace uso es buena y fiel; toda la dificultad consiste en determinar el sentido natural y la interpretacion legitima que debe dárseles.

Los católicos romanos alegan entonces interpretaciones conformes al espíritu de la primitiva Iglesia, y á la doctrina de los antiguos Padres: los protestantes se presentan con interpretaciones nuevas, que no solamente distan mucho del espíritu de la primitiva Iglesia y de la doctrina de los Padres, sino que son diferentes entre sí, y muchas veces opuestas. Cada uno las hace segun su juicio privado.

En semejantes casos he dudado muchas veces acerca de la esplicacion ó interpretacion á que debía de atenerme; pero despues de un maduro exámen, la razon me decia siempre que era necesario seguir con preferencia la interpretacion de los católicos romanos, que es la de la Iglesia mas antigua y la de los antiguos Padres; ora porque la autoridad comun, la autoridad de toda una Iglesia, y esta la mas antigua, ofrecen mas garantia

que una opinion nueva por otra parte y sospechosa; ora porque los Padres de la Iglesia han sido sin contradiccion mas recomendables por su santidad, por sus virtudes, por la solidez de su doctrina y por el celo con que investigaban la verdad, que los novadores modernos, hombres ligeros, de mediano saber, que no tienen otro deseo, ni se proponen mas objeto que el dar mas libertad á la carne, ocupándose en destruir la Iglesia bajo pretexto de reformarla. Los santos Padres, ademas, como vivieron mas próximos á los tiempos apostólicos, habiendo sido algunos de ellos contemporáneos de los apóstoles, ó al menos contemporáneos y compañeros de los inmediatos sucesores de aquellos, pudieron saber mejor que los novadores modernos lo que pensaban los apóstoles y el sentido en que entendian la Sagrada Escritura; y por último, anterior la interpretacion de los Padres á las controversias habidas entre los católicos y protestantes, se encuentra por esto mismo exenta de parcialidad, al paso que preocupados los modernos disidentes con sus opiniones particulares, se esfuerzan para interpretar la Sagrada Escritura segun su sentido y su doctrina, violentándola por acomodarla á sus caprichos.

40. Pongamos un ejemplo para hacer mas sensibles estas reflexiones, y sea el testo en que se hallan las palabras de Jesucristo: «este es mi cuerpo.»

012184

Los católicos romanos entienden estas palabras en el sentido propio y literal, porque así han sido entendidas y esplicadas siempre desde el origen de la Iglesia, y porque tal es la interpretación dada por todos los antiguos Padres. Los protestantes, sin otro motivo que su modo de ver las cosas, y su inspiración particular, desechan esta interpretación, aplicando aquellas palabras de diferente manera los luteranos, los calvinistas, los zuinglianos y socinianos. ¿A cuál de estas diferentes inspiraciones debe darse preferencia? ¿a cuál de estas diversas interpretaciones deberemos de atenernos? Yo he creído que no podía hacer cosa mejor que desecharlas todas, no ofreciéndome unas más garantías que las otras. La verdad es una en todo; pero no sucede lo mismo con el error; y hé aquí por qué he seguido la fe y doctrinas católicas.

41. Queriendo llegar hasta el fundamento de la verdad que yo deseaba conocer, tomé la resolución de examinar los más célebres escritores de uno y otro partido, para ver si su doctrina era conforme á la de los Padres de la primitiva Iglesia, y si estaban conformes entre sí.

Leí, pues, sus obras, empezando por las que los católicos de diferentes partes de la tierra han compuesto cada uno en el país en que habitaba; los unos en España, en Italia y en Francia; otros en Bélgica y en Inglaterra; otros en Alemania, Polonia y Hungría; y he visto que entre todos ellos

reinaba la más perfecta armonía acerca de todos los puntos del dogma. He visto también con sorpresa, que teólogos que sobre materias puramente escolásticas disputan vivamente los unos contra los otros, como los tomistas y escotistas, los nominales y los jesuitas convienen y concuerdan del todo cuando llegan á un artículo de fe y tienen una misma convicción, la misma doctrina y creencia.

He advertido también que reina la más perfecta armonía entre los antiguos Padres de la Iglesia aunque hayan escrito en diferentes épocas y en diferentes lugares: Ignacio y Crisóstomo en Antioquía; Atanasio y Telesforo en Alejandría; Macario y Cirilo en Jerusalén; Próclo en Constantinopla; Gregorio y Basilio en Capadocia; Justino en Atenas; Dionisio en Corinto; Efren en Siria; Cipriano, Optato y Agustín en Africa; Epifanio en Chipre; Ambrosio en Italia; Ireneo en Francia; Isidoro en España; Beda en Inglaterra.

Comparando luego los escritos de los protestantes con los de los antiguos Padres, ví que entre unos y otros había la misma diferencia que entre el cielo y la tierra.

Después los comparé entre sí, y ví fácilmente que no era una misma su fe. No solamente los calvinistas y los luteranos, que se unen para combatir á los puritanos, á los socinianos y anabaptistas, se acusan recíprocamente de error; sino que en las sectas que llevan el mismo nombre, las opiniones están divididas de un modo que sorprende.

Así es que los calvinistas rígidos creen y ense-

han diferentes cosas que los calvinistas lasos: la doctrina de los *remostrantes* no es la de los *antiremostrantes*; la de los puritanos difiere de la que profesan los presbiterianos; la de los luterano-wirtembergenses es diferente de la de los regiomontanos; en Suiza no hay la misma creencia que en Hungría, ni en los Estados de Magdeburgo la misma que en Inglaterra. Ni los unos ni los otros enseñan hoy lo que enseñaban ayer.

¿Qué hubiera yo respondido ante el tribunal de Dios si á tantos y tan grandes hombres como han ilustrado la Iglesia católica, hubiese preferido predicadores oscuros, poco numerosos, poco instruidos, de probidad sospechosa, y muy divididos entre sí? Yo creí que era mas prudente adherirse á los primeros, y separarse de los segundos.

42. Aunque guardasen silencio los Padres y escritores eclesiásticos, las mismas piedras hablarían: todo lo que tiene alguna antigüedad proclamaba á mis oídos la fé católica, y la inculcaba en mi espíritu. Fijaba mi vista en los mas antiguos monumentos religiosos; atendía á las formalidades que aun se observaban en la eleccion de los emperadores y de los reyes, y en las ceremonias de su entronizacion; examinaba nuestras leyes y ordenanzas, las costumbres y reglamentos de nuestras antiguas academias; me remontaba hasta la conversion de las naciones y de los pueblos al cristianismo; lei las inscripciones grabadas sobre

nuestros mármoles; recorrí los historiadores y analistas de todos los siglos cristianos; compulsé los hechos y acontecimientos memorables de todas las naciones cristianas; estudié las efemérides de todos los pueblos modernos, en que aun se conservan las fiestas de los santos y las denominaciones dadas á los dias mas solemnes del año; denominaciones que los protestantes han conservado, tales como los domingos de cuadragesima, quinquagesima, sexagesima, septuagesima, *in albis*, de cuasimodo etc., etc.; y cada una de estas cosas me decia que ninguna religion tiene raices tan profundas como la religion católica romana. Luego he tenido razon para preferir su antigüedad á las nuevas religiones.

43. Diez y ocho siglos y medio han pasado ya desde la fundacion de la Iglesia católica romana. Ha sido perseguida por feroces tiranos, por los mahometanos, por paganos y gentiles, por cismáticos y herejes de toda especie; y no obstante, la Iglesia se ha mostrado siempre, y se muestra hoy invencible, insuperable, visible y floreciente, creciendo, multiplicándose y propagándose cada dia mas.

En este intervalo de tiempo, se levantan por todas partes herejías diferentes, que parecían muy poderosas, y se estendian como un torrente; no obstante, se han disipado insensiblemente unas tras las otras, y apenas queda de ellas vestigio. Tal ha sido la suerte de los maniqueos, donatistas,

pelagianos, iconoclastas y de otros muchos. ¿Qué debemos deducir de todo esto? Que la Iglesia católica romana ha sido fundada por Jesucristo sobre la piedra, y que *no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.*

Siendo las herejías obra de los hombres, descendió la lluvia... soplaron los vientos, y sucumbieron. Las herejías modernas caerán también en lo sucesivo, según las palabras del Salvador: «será arrancado todo árbol que mi Padre no haya plantado.» (Mat. 15, 13.)

He pensado que era más prudente retirarse á la casa fundada sobre piedra, que á aquellas que lo están sobre arena y amenazan continuamente ruina.

44. He visitado muchas veces las bibliotecas tanto católicas como protestantes, y he encontrado en las primeras tres géneros, ó si se quiere, tres clases de libros que no se hallan en las segundas, al menos entre las obras compuestas por los mismos protestantes.

La primera clase se compone de vidas de santos, en gran número, y de todos estados; vírgenes y viudas, obispos y sacerdotes, solitarios y religiosos, apóstoles y mártires, reyes y confesores. Allí se dan á conocer sus virtudes admirables, su vida inocente, sus costumbres puras, su amor á Dios, su caridad con el prójimo, y todas las perfecciones de que han dado sublime ejemplo.

Yo reflexionaba y me decía á mí mismo: la re-

ligion en que han vivido estos santos personajes, esa religion que les ha inspirado tantas virtudes y los ha conducido á tan alta perfeccion debe de ser necesariamente verdadera; porque está escrito que *un árbol malo no puede producir frutos buenos*, y que *á los hombres se los conoce por sus obras.* (Mat., 7.) Ahora bien: todos estos han vivido y muerto en la religion católica romana; luego esta es la religion verdadera.

La segunda clase se compone de libros ascéticos. Los fieles reciben en estas obras las más saludables instrucciones sobre la práctica de las virtudes cristianas, y el medio de llegar á la perfeccion; sobre la imitacion de Jesucristo y el desprecio de las vanidades mundanas; sobre el amor de Dios y el del prójimo; sobre el amor de los enemigos y el perdón de las injurias; allí aprenden á practicar la más profunda humildad, á observar la castidad más pura, á hacer una vida inocente, á conformarse en todo con la voluntad de Dios; á meditar sobre las postrimerias; á sentir la enormidad del pecado, y á ejercer la piedad y devocion.

La tercera clase se compone de teologías morales. En estos libros se trata detenidamente del decálogo y otras leyes de Dios; de la detencion injusta de lo ajeno y de la restitucion; de los daños que se causan voluntariamente al prójimo y de su reparacion; del uso de los sacramentos, y de la manera de administrarlos convenientemente; en fin, de todo lo que se refiere á la direccion de la conciencia.

En vano he buscado estos libros en las bibliotecas protestantes: no he podido encontrar allí vidas de santos, pues nadie se ha santificado todavía entre ellos. No he podido encontrar tampoco libros ascéticos; pues no han escrito nada que sea relativo á la perfeccion cristiana, cuyo nombre apenas conocen; nada que conduzca á la imitacion de Jesucristo, que ellos no creen posible; al ejercicio de las virtudes y buenas obras que creen inútiles para la vida eterna; á la castidad y á la continencia, cuyo nombre solamente les espanta; á las obras satisfactorias que suponen innecesarias, habiendo satisfecho Jesucristo á su Padre por todos nuestros pecados. No he podido encontrar entre los protestantes teologías morales, porque segun aquellos no es posible la observancia de los preceptos del decálogo; son iguales todos los pecados; á los ojos de Dios no son imputables los pecados de los predestinados; nadie puede ser condenado sino por el pecado de infidelidad etc., etc.; principios que *el Padre celestial no ha revelado*, y que han sido sugeridos por la carne y la sangre; principios de vida brutal y no de vida espiritual; principios que favorecen toda especie de relajacion y licencia, y que abren puertas á la corrupcion de la carne.

45. He considerado tambien los sinodos de los protestantes y particularmente aquellos donde se han formado sus confesiones de fé, como el de Augsburgo, el de Ginebra y el de Inglaterra, com-

parándolos con los concilios generales de la Iglesia romana; pero ¿qué puede haber de comun entre la luz y las tinieblas?

Llámanse concilios generales de la Iglesia católica romana la reunion de los obispos de toda la tierra, ó de la mayor parte, de los teólogos mas hábiles de las naciones, y de los embajadores y oradores de todos los reyes y emperadores cristianos. Allí se tratan los negocios con toda madurez, se discuten con el mas escrupuloso cuidado, y se examinan con la mas severa atencion: las definiciones se hacen; y las decisiones se decretan por unanimidad, y los fieles se someten á lo establecido.

Las asambleas se prolongan alguna vez de un año á otro para revisar, examinar y discutir en este tiempo con mas severidad los puntos controvertidos; pero definidos una vez, jamás se los pone ya en duda.

¿Qué es lo que sucede en los sinodos protestantes? Fijémonos en el de Augsburgo, donde fué redactada la confesion que lleva este nombre. Esta confesion fué obra de un pequeño número de teólogos poco ilustrados que la redactaron con ligereza y precipitacion en una hosteria ó posada pública. En esta asamblea no hubo mas que una sola nacion que fue la alemana; y aun así no estuvo representada mas que por un pequeño número de hombres imbuidos ya en las nuevas opiniones; espíritus orgullosos, dispuestos á favorecer la libertad de la carne, y abrir las puertas á la licencia.

Rechazaron esta profesion de fé muchas ciudades y soberanos; y ha sufrido muchas modificaciones y variaciones.

¿Debia yo preferir, en este caso, las decisiones de los sinodos protestantes á las de los concilios generales?

46. También examiné la conciencia de un católico, y la de un protestante.

La conciencia es la luz de la inteligencia, ó si se quiere el lenguaje de la razon. Ella nos muestra, ó nos dice lo que es permitido, y lo que no lo es; lo que debemos hacer, y lo que debemos evitar; es nuestro mas fiel consejero, y la regla inmediata de nuestra voluntad.

Veamos ahora, segun la doctrina de los católicos romanos primero, y despues segun la de los protestantes, cuáles deben de ser los principios que han de servir de regla á nuestra voluntad.

⊕ Los católico-romanos dicen:

1.º El hombre puede evitar el mal con el auxilio de la gracia: luego debe abstenerse de hacerle.

2.º Todo pecado mortal merece una pena eterna: y basta presentarse al tribunal de Dios con un solo pecado mortal para ser condenado eternamente.

3.º No debe ejecutarse el mal por nada del mundo: vale mas mil veces morir que hacerse culpable de un solo pecado, por pequeño que sea.

4.º Es necesario dar cuenta á Dios de todo pecado, aun del mas pequeño, aun de una palabra ociosa.

5.º Quien comete una injusticia, no puede obtener la remision de su pecado, si no repara el daño.

6.º Despues de un pecado mortal no hay mas alternativa que la penitencia ó el infierno.

7.º Es necesario en la confesion declarar y hacer conocer al sacerdote todos los pecados mortales, de que uno es culpable etc., etc.

Los protestantes dicen al contrario:

1.º No es posible al hombre observar los preceptos de Dios.

2.º Cada uno está obligado á creer que se salvará, ó que está predestinado.

3.º Dios no imputa ningun pecado á los que se creen predestinados.

4.º Ninguno se condena sino por el pecado de infidelidad.

5.º Las buenas obras no son meritorias para la vida eterna.

6.º No es necesario hacer penitencia de nuestros pecados: Jesucristo ha satisfecho ya á la justicia de su Padre de un modo suficiente, muriendo y derramando su sangre por nosotros.

7.º No está en nuestro poder el evitar el pecado.

8.º Nadie está obligado á confesar sus pecados: basta la fé para salvarse.

Reflexionad ahora y decidme: ¿cuál es la conciencia que apartará al hombre del mal, y le conducirá al bien? ¿La que está formada solamente sobre los principios de la doctrina protestante, ó la que siga los principios de la doctrina católica, que conducen y no pueden menos de conducir á la virtud?

La conciencia del católico me pareció preferible á la del protestante.

47. Lo que me disgustó mucho fue el ver á los ministros protestantes, sin exceptuar ninguno, ocupados esclusivamente en vituperar á los católicos, y sobre todo en ridiculizar sus ritos y ceremonias.

Los ministros protestantes persuaden también al pueblo que no profesan ni enseñan mas que lo que ha profesado y enseñado la Iglesia primitiva con los antiguos Padres; cosa evidentemente falsa; y ellos lo saben bien. No le enseñan tampoco á huir del mal y á hacer penitencia de sus pecados; y rara vez le exhortan á practicar el bien, á hacer una vida santa y cristiana, y á seguir la doctrina y ejemplos de nuestro divino Salvador.

48. Habitando con los católicos he examinado cuáles eran los cristianos á quienes se calificaba de tibios y malos, y he visto que se ponía en este número á todos los que no observan los mandamientos de Dios y de la Iglesia, á los que no se ejercitan en la práctica de buenas obras; los que evitan ó descuidan confesarse; los que asisten rara vez al culto religioso; los que se separan de la comunión; los que siguen sus apetitos desreglados y sensuales; ect., etc. Reparé luego que entre los protestantes, no observando tampoco ninguna de estas cosas, pasa cualquiera por un ferviente evangélico y por un celoso cristiano, y no pude menos de concluir que los mas tibios y

malos católicos estan sobre el mismo pie que los mejores evangélicos, y los buenos protestantes. Entonces conocí la verdad de lo que habia oido decir otras veces, á saber; que el peor católico será un perfecto luterano; el peor luterano, un perfecto calvinista; el peor calvinista, un perfecto sociniano; y el peor sociniano, un perfecto mahometano.

49. Otro motivo me determinó á abrazar la religion católica romana. No he visto jamás que desde esta religion se pase nadie á alguna de las protestantes con el fin de hacerse mejor. Los que renuncian al catolicismo no tienen otro objeto que seguir mas libremente las concupiscencias de la carne y observar una vida mas licenciosa.

Así es, que el primer cuidado de un religioso, ó de un eclesiástico que se hace protestante, es casarse y entregarse á los placeres de los sentidos. Por el contrario, he visto que los protestantes, convirtiéndose á la fé católica romana, se hacen piadosos y observan una conducta ejemplar. Muchos renuncian al mundo para consagrarse enteramente al servicio de Dios. De este modo se verifica que *todo árbol bueno produce frutos buenos, y todo árbol malo produce frutos malos.*

Era también para mí muy extraño que los protestantes enseñasen que basta la fé para salvarse, no obstante que esto no se halla escrito en ninguna parte en la Escritura; antes bien se enseña allí la necesidad de la caridad, de la esperanza, del amor de Dios, de la limosna y de otras buenas obras, por medio de testos tan claros como

aquellos en que se habla de la necesidad de la fé.

Si la Escritura dice hablando de la fé: «Abraham creyó á Dios, y su fé le fue imputada en justicia» (Gen. 15, 6); y en otra parte: «Vuestra fé os ha salvado» (Mat. 9, 22.); tambien dice hablando de la esperanza: «los castigos del pecador son numerosísimos; pero la misericordia seguirá al que espera» (Salm. 31, 10.); y en otra parte: «he puesto en vos mi confianza y no seré confundido» (Psalm. 30, 2.); y «sabad que ninguno de los que han puesto su confianza en el Señor ha sido confundido» (Eclesiást. 2, 11.); y todavía: «quien confía en él, se santifica.» (Ep. 1.^a de San Juan 3, 3.)

Hablando de la caridad, leemos: «de han sido perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho» (Luc. 7, 47.); y en otra parte: «la caridad cubre la multitud de pecados» (1.^a de San Pedro, 4, 8); y hablando de la observancia de los mandamientos de Dios: «Si quereis entrar en la vida, observad los mandamientos.» (Mat. 19, 17.)

Hablando de las buenas obras: «Los que han obrado el bien se apresurarán á entrar en la vida eterna.» (S. Juan 5, 29.) Y hablando de la penitencia: «si no haceis penitencia perecereis.» (Luc. 13, 3.)

Hablando de la misericordia: «el pecador será rescatado por la misericordia y la verdad.» y hablando de la limosna: «la limosna libra de la muerte, purifica los pecados, procura la misericordia y la vida eterna» (Tob. 12, 9.); y en otra parte: «haced limosna de lo que os sobra, y todo será puro para vosotros.» (Luc. 11, 41.)

Hablando del perdón á los enemigos: «perdo-

nad y sereis perdonados (S. Luc. 6, 37.); y en otra parte: «si perdonais á los hombres las ofensas que os han hecho, vuestro Padre celestial os perdonará tambien vuestros pecados.» (S. Mat. 6, 14.)

Creí que nada podia hacer mejor y mas seguro que seguir la doctrina de los católicos, segun la cual la fé es, en verdad, necesaria para la salvacion; pero no escluye la esperanza, ni la caridad ni otras obras buenas; porque, como dice San Pablo, «la fé, la esperanza y la caridad son tres cosas necesarias para la salvacion» (1.^a á los cor. 13, 13.); y en otra parte: «aunque tenga una fé tan grande que transporte las montañas, si no tengo la caridad nada soy.» (Ib. 2.) Si se admite esto, y no podemos menos de admitirlo, no basta tener fé para salvarse.

Es falso del mismo modo el decir que las demás buenas obras son inútiles para la salvacion.

Por último, es falso decir que todas nuestras buenas obras son pecados; porque lejos de ser los pecados útiles para la salvacion, son, por el contrario, medios muy á propósito para condenarse.

50. He visto que muchos protestantes, adictos muy obstinadamente á su secta en todo el tiempo de su vida, se han convertido á la Iglesia católica á la hora de la muerte; al paso que no sé de ningún católico que, en su hora postrera, se haya hecho protestante. Y nótese que en estos momentos supremos es cuando se abren los ojos del alma, y cuando el cristiano vé de un modo mas claro lo que concierne á su eterna salvacion.

Yo quiero vivir como querria morir.

Hé aquí por qué, despues de una madura de-
liberacion, me he decidido al presente á abrazar
la fé católica. Porque si la muerte es muy cierta,
su hora es tambien muy dudosa.

Los católicos con quienes me he ocupado de
mi conversion, me han declarado que si Dios me
pidiese algun dia cuenta de mi conducta, se pre-
sentarian ellos mismos á tomar sobre si la respon-
sabilidad y sufrir el castigo. Este compromiso no
he podido obtenerle de los ministros protestantes
que habrian querido retenerme en su comunión,
ni arrancársele de ningun modo. De donde he in-
ferido que no tienen en su religion tanta confianza
como tienen los católicos en la suya.

51. Aunque el autor de las cincuenta conside-
raciones que anteceden marcha en ellas dejando
establecida la verdad fundamental de la existencia
de Dios, y sobre ella giran todas sus deducciones,
me ha parecido conveniente añadir otras tres para
la mayor instruccion de aquellos á cuyas manos
llegue este libro, y para el esclarecimiento de al-
gunos puntos que toca el autor con alguna rapidez.

El hombre no puede ser ateo: todas sus facultades
intelectuales, morales y físicas rechazan el
ateismo como un absurdo y un contrasentido in-
concebible. El entendimiento tan superior á la ma-
teria, buscando siempre la verdad y no hallándola
para saciarse; la voluntad apeteciendo un bien
de que parece cada vez mas alejada; y los senti-
dos corporales viendo á todas horas las maravillas
de la creacion, ¿no proclaman en alta voz la exis-

tencia de un Ser supremo que sea la verdad infi-
nita, el bien por esencia, y el artífice de cuyas
manos han salido los prodigios de la naturaleza?

¿Vergüenza daria verse uno obligado á refutar
seriamente al ateo: pero por lo que pueda conve-
nir, dejaré consignadas aqui algunas reflexiones.

¿Hay quien atribuye el origen del género hu-
mano á la influencia de los astros... pero séanos
permitido preguntar ¿cómo no se repite ahora esto
mismo, ó alguna cosa parecida? Hé aquí una ra-
zon muy poderosa contra estos ateos. Los astróno-
mos modernos han descubierto cuerpos celestes
que desmienten en un todo las imposturas de la
astrología. Se ha visto que Saturno está rodeado
de un anillo, y que tiene cinco planetas de menor
grandor, que se mueven en derredor de él. Se ha
visto tambien que Júpiter tiene cuatro satéli-
tes: luego los astrólogos que no tenían la menor
idea de estos planetas, ponian por principio con-
stante que cuando Saturno y Júpiter venian á un
punto dado, desplegaban por sí mismos la misma
influencia, lo que no es verdad; porque, segun los
últimos descubrimientos, cuando aquellos vienen á
un punto, los planetas que los acompañan deben es-
tar en una situacion diferente cada vez, y por lo
mismo sus influencias en una variacion eterna.

Ademas, esos astros ¿se han criado á sí mismos, ó
han sido formados por una mano omnipotente?

Para eludir el impio la fuerza de este argu-
mento, objeta la pretendida eternidad del mundo,
y esta suposicion monstruosa es de todo punto in-
sostenible. Basta echar una ojeada sobre las artes,

las ciencias, el gobierno, el comercio y la historia, y veremos en su novedad la de la sociedad humana. La filosofía, que trata de las cosas naturales y de las costumbres, es tan reciente que antes de Pitágoras nadie había oído hablar de ella entre los griegos. Séneca dice que no hacía mil años que era conocida la filosofía; y Sócrates se gloriaba de haberla hecho bajar desde el cielo á la tierra, porque fue el primero que desde la contemplacion la redujo á la práctica. Tales fué el primero que enseñó la astronomía á los griegos, y segun Dion que ha escrito su vida, él la aprendió de los egipcios y estos de los caldeos.

Aunque la medicina es mas necesaria á los hombres, no deja por eso de saberse su nacimiento y sus progresos. Herodoto dice que en otro tiempo se colocaba á los enfermos en las plazas públicas, se preguntaba á los que pasaban si sabian algun remedio, y se hacia un ensayo del primero. Nadie ignora que Hipócrates redujo á cuerpo la medicina que se ha perfeccionado poco á poco con los sucesivos descubrimientos.

La antigüedad de las leyes no es mucho mayor. Nosotros subimos desde el código de Justiniano al de Teodosio, de este al de las doce tablas, y estas las tenian los egipcios de los griegos como de Solon y de Licurgo, quienes á su vez las habian aprendido de los mismos egipcios segun cuenta Plutarco; y estas leyes eran tan groseras, comparadas con las que ya tenemos, que desde luego se deja ver que la jurisprudencia y la política estaban en su infancia.

Asi podria ir discurriendo respecto de las demas ciencias y ramos del saber humano, y el discurso daria siempre una misma observacion. Ahora bien: si el mundo es eterno como quiere el ateo, y por otra parte acabo de indicar que son nuevos, digámoslo asi, los progresos y adelantos de las ciencias ¿cómo es posible que los hombres, durante una infinidad de siglos, hayan sido groseros, bárbaros, sin politica, sin leyes, sin gobierno, sin física, sin moral; siempre enfermos y sin medicina, sin conocer la virtud de las plantas, ni la pintura, ni la arquitectura, ni el comercio, ni la navegacion, y se hayan hecho en cuatro mil años tantos descubrimientos? Luego el mundo ha tenido un principio, y este principio prueba la existencia de Dios, inteligencia infinita que le dirige y gobierna.

52. Si es posible ser ateo, no lo es menos ser deista. ¿Qué es el deismo mas que una religion que llaman natural, y que desechando la revelacion, admite todas las interpretaciones y esplicaciones del juicio individual? Si el ateismo es insostenible, creo que aun lo es mas el deismo; por manera que ha llegado á decirse, con razon, que no hay medio entre el catolicismo y el ateismo.

Una religion natural, tal como la suponen los adversarios de la revelacion, es decir, como suficiente para enseñar al hombre, por sí sola, el culto que ha de tributar á Dios, y las verdades que debe de creer, es un absurdo; pues repugna no solamente á la condicion de la naturaleza en el es-

hado en que quedó á consecuencia del pecado, sino tambien á lo que enseña la esperiencia diaria respecto á los que se proponen no seguir mas reglas ni mas culto que las inspiraciones de la razon natural.

En una palabra, el deísmo no es mas que el hombre entregado á sí mismo, buscando, sin mas antorcha que la escasa luz de su razon, el Dios á quien debe adorar, y los mandamientos que debe cumplir. Tarea difícil, proyecto de imposible realizacion, en que se estrellaron las colosales fuerzas de los mas grandes ingenios del mundo. Platon, Aristóteles, Sócrates, Ciceron, son una prueba de ello. Toda secta que profesa el principio del *libre examen* es consiguientemente deísta, ó viene á parar al deísmo. La religion natural tendrá tantos símbolos, cuantos sean los *libres pensadores*.

No hay un hombre racional que sea deísta por conviccion.

33 Y ULTIMA CONSIDERACION. No queda pues mas recurso que abrazar la religion católica, apostólica, romana. Una y mil veces felices aquellos que han nacido en el seno de la Iglesia católica, viven en ella como hijos dóciles, y mueren respondiendo con la primera palabra del símbolo á las preguntas del sacerdote que le pide cuenta de su fé.

Concluiremos este escrito con un artículo que se publicó en *La Iglesia*, revista de ciencias eclesiásticas, que salia á luz en Madrid, firmado por su director D. JUAN GONALEZ; y es como sigue:

TRES MEDIOS

PARA CONOCER

LA VERDADERA IGLESIA

CONTRA LOS PROTESTANTES.

No hay que hacer grandes esfuerzos para combatir el protestantismo cuando nos disputa la herencia de la fé. Toda la doctrina religiosa estriba sobre unos cuantos principios, desde los cuales es muy sencillo descender hasta las verdades menos importantes; digámoslo así, y reducir á ciencia el conjunto de puntos creibles y creídos que constituyen el sagrado depósito de la creencia católica. Admitida la creacion del hombre para servir á Dios y gozarle; supuesta la caída primitiva y el trastorno ocurrido con aquel motivo en la naturaleza moral; y aceptando la redencion como un remedio contra las llagas que en el hombre abriera el crimen de su primer padre, nos colocamos inmediatamente en un punto de vista desde donde podemos dominar el espacioso horizonte que el ojo de la fé descubre desde el tiempo hasta la eternidad. Y no se diga que esos hechos son disputables; pues el protestantismo los confiesa, y la misma filosofia anti-cristiana tiene que rendirse al testimonio del género humano, que los demuestra.

Esto supuesto, cuando el protestantismo disputa la legitimidad de la Iglesia católica, debemos obligarle á que confiese que la Iglesia verdadera debe conocerse por su *antigüedad*, por su *autoridad* y por su *unidad*.

La verdadera Iglesia debe de ser *antigua*, porque habiendo sido instituida por Jesucristo para ser la depositaria de su doctrina, es claro que tendrá que remontarse hasta la época en que vivió en el mundo el Salvador de los hombres. Todo lo que

hado en que quedó á consecuencia del pecado, sino tambien á lo que enseña la esperiencia diaria respecto á los que se proponen no seguir mas reglas ni mas culto que las inspiraciones de la razon natural.

En una palabra, el deísmo no es mas que el hombre entregado á sí mismo, buscando, sin mas antorcha que la escasa luz de su razon, el Dios á quien debe adorar, y los mandamientos que debe cumplir. Tarea difícil, proyecto de imposible realizacion, en que se estrellaron las colosales fuerzas de los mas grandes ingenios del mundo. Platon, Aristóteles, Sócrates, Ciceron, son una prueba de ello. Toda secta que profesa el principio del *libre examen* es consiguientemente deísta, ó viene á parar al deísmo. La religion natural tendrá tantos símbolos, cuantos sean los *libres pensadores*.

No hay un hombre racional que sea deísta por conviccion.

33 Y ULTIMA CONSIDERACION. No queda pues mas recurso que abrazar la religion católica, apostólica, romana. Una y mil veces felices aquellos que han nacido en el seno de la Iglesia católica, viven en ella como hijos dóciles, y mueren respondiendo con la primera palabra del símbolo á las preguntas del sacerdote que le pide cuenta de su fé.

Concluiremos este escrito con un artículo que se publicó en *La Iglesia*, revista de ciencias eclesiásticas, que salia á luz en Madrid, firmado por su director D. JUAN GONALEZ; y es como sigue:

TRES MEDIOS

PARA CONOCER

LA VERDADERA IGLESIA

CONTRA LOS PROTESTANTES.

No hay que hacer grandes esfuerzos para combatir el protestantismo cuando nos disputa la herencia de la fé. Toda la doctrina religiosa estriba sobre unos cuantos principios, desde los cuales es muy sencillo descender hasta las verdades menos importantes; digámoslo así, y reducir á ciencia el conjunto de puntos creibles y creídos que constituyen el sagrado depósito de la creencia católica. Admitida la creacion del hombre para servir á Dios y gozarle; supuesta la caída primitiva y el trastorno ocurrido con aquel motivo en la naturaleza moral; y aceptando la redencion como un remedio contra las llagas que en el hombre abriera el crimen de su primer padre, nos colocamos inmediatamente en un punto de vista desde donde podemos dominar el espacioso horizonte que el ojo de la fé descubre desde el tiempo hasta la eternidad. Y no se diga que esos hechos son disputables; pues el protestantismo los confiesa, y la misma filosofia anti-cristiana tiene que rendirse al testimonio del género humano, que los demuestra.

Esto supuesto, cuando el protestantismo disputa la legitimidad de la Iglesia católica, debemos obligarle á que confiese que la Iglesia verdadera debe conocerse por su *antigüedad*, por su *autoridad* y por su *unidad*.

La verdadera Iglesia debe de ser *antigua*, porque habiendo sido instituida por Jesucristo para ser la depositaria de su doctrina, es claro que tendrá que remontarse hasta la época en que vivió en el mundo el Salvador de los hombres. Todo lo que

no sea subir á este origen, es señal de falsedad en la presente cuestion. La Iglesia de los donatistas nació tres siglos despues: luego no puede ser la verdadera, y en efecto no lo ha sido. Otro tanto decimos de los waldenses y albigenses, y lo mismo podemos aplicar á los protestantes. «Vosotros nacisteis ayer, podemos decirles, conocemos á vuestros padres, sabemos la fecha de vuestras iglesias, y ninguna relacion teneis con lo que os ha precedido. No sois pues la Iglesia de Jesucristo.»

La verdadera Iglesia debe de tener *autoridad*, porque fue establecida para enseñar á todas las gentes, explicando las verdades reveladas que son el remedio de la herida que abrió en el entendimiento el pecado del primer hombre, y dispensando los sacramentos para curar con la gracia las llagas de la voluntad. La *autoridad* es un principio esencial de toda sociedad, porque la sociedad no resulta de la aglomeracion de los hombres, sino del orden que preside á esta aglomeracion. Todo orden social supone algunos principios fundamentales que no se discuten, sino que se aceptan de buena fé, sin lo cual la sociedad seria imposible. El principio de autoridad es el cimiento de toda reunion de hombres, y hé aqui por qué careciendo de él, tuvieron una existencia tan corta y agitada las naciones paganas. ¿Quién enseña sin estar revestido de autoridad? ¿quién podría ser castigado por no oír á la Iglesia, si la Iglesia no la tuviese? Que las iglesias de los sectarios no han tenido *autoridad* se deja conocer evidentemente por el hecho mismo de no haber adquirido prosélitos sino á fuerza de mucho trabajo, y de haber impuesto á sus neófitos una ley harto leve. Además vemos que han ido desapareciendo de la escena del mundo, disolviéndose en fuerza de su mismo principio. Porque ¿cómo puede obligarse á otro á que escuche con respeto lo que se le ense-

ña siendo así que se le ha dado el ejemplo de una rebelion contra la Iglesia en cuyo seno se vivia? Es preciso recargar mucho sobre el carácter que tiene el origen de las sectas: es decir, sobre la ninguna autorizacion con que un particular se levanta contra la Iglesia; sobre la novedad que establece y que dá motivo para que en pos de un novador que ha atacado un dogma, venga otro que destruya cuatro. Cuando una cuestion cualquiera no sale de las proporciones individuales, lleva en su seno un principio de muerte, porque lo meramente singular é individual no es subsistente. ¿Qué veis en Juan Huss, Lutero, Ronge, y demas cabezas de partido sino al individuo que se levanta contra las creencias de diez y nueve siglos, y se constituye juez de las generaciones pasadas y presentes? Todo es individual allí, porque los herejarcas juzgan por sí solos, terminan las cuestiones en virtud de propia autoridad, y en su nombre, nada mas, hablan á sus correligionarios. Pero una voz se gasta pronto! ¡un hombre solo hace poco bullo en el mundo! y si los que le han seguido han observado sus miserias, le abruman despues con dicterios y maldiciones. Luego ninguna secta puede tener *autoridad*.

Hé aqui por qué no tienen tampoco *unidad*; porque sin autoridad no hay unidad en la fé. ¿Cómo ha de haber unidad en efecto donde no hay una regla constante de creencias, que resuelva lo dudoso y aclare lo oscuro? ¿cómo ha de haber unidad donde el individuo es juez de su fé y de su moral? Toda vez que la Iglesia no es mas que una idea, ó un principio, hablando con mas propiedad, se infiere evidentemente que el principio ha de ser uno, y que sus consecuencias nunca podrán ser tales que dejen de estar á él subordinadas. Esta es una observacion tan natural y evidente que nos escusa el hacernos cargo de las

palabras de Jesucristo en que habla de *un solo redil y un solo pastor*, y de las igualmente notables de San Pablo en que repite muchas veces estas otras, *in eodem spiritu, secundum eundem spiritum*, al hablar de la diversidad de ministerios y de gracias que hay en la Iglesia.

¿Tienen las sectas esta *unidad*? No: adulteran el principio, y de consecuencia en consecuencia han ido á caer en la mas espantosa anarquía. Asi es como se han disuelto y han desaparecido, unas tras otras, todas las antiguas y modernas religiones: se acabó el politeismo y está agonizando el protestantismo, al paso que la verdad católica atraviesa los siglos siempre nueva y siempre vieja, mas fecunda cuantos mas hijos cria y alimenta, sin que ni las persecuciones la acaben, ni las victorias la trastornen.

Ahora bien: ¿tiene la Iglesia católica la *antigüedad*, la *autoridad* y la *unidad* que debe de tener la verdadera Iglesia?

La Iglesia católica tiene la *antigüedad* que la verdadera Iglesia debe tener; y es fácil probarlo con la historia en la mano. ¿Contra qué Iglesia se levantaron los protestantes de Francia, Inglaterra y Alemania sino contra la católica? ¿Contra qué Iglesia se levantaron los donatistas y maniqueos? ¿Qué Iglesia era la que reunia concilios en el siglo XVI en Trento, en el XV en Florencia, en el XIV en Viena, en el XIII en Leon y Letran, en el IX en Constantinopla, en el V en Calcedonia y Efeso, en el IV en Nicea, y en el I en Jerusalem? De qué Iglesia han sido pontífices San Pedro, San Clemente, San Evaristo, San Victor, San Cornelio, San Esteban, San Silvestre, San Dámaso, San Leon, San Gregorio Magno, San Eugenio I, y toda la serie de pontífices hasta Pio IX? ¿A qué Iglesia han pertenecido los Bernardos, los Tomases, los Buenaventuras, los Augustinos, los Gero-

nimos, los Ignacios de Antioquia, los Policarpas de Smirna y los Ireneos de Leon? Nos parece que bajo el punto de vista de *antigüedad* no puede atacarse á la Iglesia sin incurrir en la nota de ignorantes; por cuanto es un hecho que atestiguan los siglos.

Respecto de la *autoridad* de la Iglesia católica la misma historia la está demostrando. ¿Qué significan ese conjunto de definiciones, leyes y ordenanzas que forman la fé y la legislacion de la Iglesia, mas que la *autoridad* de que goza para enseñar, dirigir y castigar á los fieles? ¿Qué otra *autoridad* mas que la de la Iglesia católica ha condenado á los cerintianos, ebionitas, marcionitas, cuarto-decimanos, sabelianos, arrianos, pelagianos, monotelitas, waldenses, albigenses, wiclelistas, luteranos, calvinistas, jansenistas y revolucionarios? Y no se nos diga, no, que esta ha sido una *autoridad* usurpada: porque no hay ninguna *autoridad* humana, usurpada ó no usurpada, que resista á la prueba de diez y nueve siglos entre los cuales ni uno ha habido en que la *autoridad* de la Iglesia no haya sido combatida, habiendo salido siempre triunfante sin mas armas y recursos que la persuasion. Si la Iglesia católica no tiene *autoridad*, ¿cómo al hablar un pobre anciano desde Santa Maria la Mayor bajan la cabeza muchos millones de fieles, de diferentes pueblos y condiciones? Si la Iglesia no tiene *autoridad*, ¿cómo se explica ese gran fenómeno de una obediencia universal aun en estos tiempos en que todo se discute?

Si volvemos los ojos á la *unidad*, es cosa que pasma el ver cómo en medio de tantas herejías y miserias y fragilidades y revoluciones y contratiempos y trastornos sociales, se crea todavia hoy *quod semper, quod ubique, quod ab omnibus*. ¿En qué consiste este maravilloso fenómeno? ¿En qué consiste que en medio de la inconstancia y orgullo del hombre, propenso á la novedad y á sacudir el

yugo de los dogmas que hieren su amor propio, se haya conservado *uno* el depósito de nuestra fé, de tal manera que creamos hoy lo mismo que se ha creído en los siglos anteriores? Causa, á la verdad, admiracion que habiéndose agitado tantas disputas en las escuelas católicas sobre puntos secundarios de la Religión, ó sobre el modo de explicarlos, se haya conservado intacto el dogma; porque es preciso no olvidar que en las cuestiones suele irse mas lejos de lo que al principio nos proponemos. ¡Cuántas controversias no se han suscitado entre los doctores católicos! Sin embargo hoy es, hoy siglo XIX, siglo que se gloria de haber renovado la faz de la tierra, y hoy hablando de *Trinidad*, hablamos como San Atanasio, San Hilario y San Gregorio Nacianzeno: hablando de *Encarnación*, usamos del mismo lenguaje que San Cirilo, San Agustin, San Leon y San Fulgencio: hablando del *Espiritu Santo*, tomamos el lenguaje de San Basilio y Didimo: hablando de la *Gracia*, usamos los mismos términos de San Agustin, de San Próspero y San Fulgencio; y á este modo en todo lo demas que se refiere á la esencia de la fé.

Es falso que en la Iglesia no haya estado permitida la discusion, y que á esto se deba su unidad de creencias. Los que estén instruidos en las ciencias eclesiásticas no podrán menos de observar que desde el siglo XIII especialmente apenas ha habido un punto sobre que no se haya disputado en las escuelas teológicas; pero como en la Iglesia habia *autoridad*, se ha conservado por lo mismo la *unidad*.

Estas indicaciones, que pueden servir de base para una razonada defensa de la Iglesia católica, y con cuyo objeto las consignamos, prueban que ella solamente es la única sociedad religiosa donde se conserva la verdadera doctrina de Jesucristo.

Se vende en Madrid calle de Atocha número 100, á cuatro reales.—Al que tome doce ejemplares se da uno gratis.